

Παπúa

Juan Luis Mira

© Juan Luis Mira, 2013

© De esta edición: Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2013
c/ San Fernando, 44 - 03001 Alicante

Diseño de cubierta: Aurelio Ayela

Maquetación: Marten Kwinkelenberg

Impresión:

ISBN: xxxxxxxxx

Depósito Legal: xxxxxxxxxxxx

*para EMMA, doña Emma, y para PACO, Paco Valladares,
porque sé que, estén donde estén, seguirán pensando
que no hay nada como una sonrisa.*

Y para Ilona, por tantas sonrisas compartidas.

*«Los pastores serán brutales, mientras las ovejas
sean estúpidas»*

E. Godin

**¡Yujía, yujiiiiii, auguaaaaashají ung...!
(Algo así como un prólogo...)**

PAPÚA.

¡AH, PUPA, PUPA! Me ha quedado algo así, sonando por dentro, después de la primera lectura.

Estoy educado para identificar ese eco que queda... Cuando no queda es mejor volver a leer o dejar el texto, para otro día o para siempre... Y es bueno cuando queda, resonando, porque es como una llamada, que trae otros ecos. Y es como si ya tuvieras un mojón en el camino, que marca un punto cero, para iniciar la travesía de la obra.

Son cosas de actor y no las voy a evitar, porque he leído como actor y como actor escribo estas palabras, que vienen a modo de impulsos, de recuerdos, de imaginaciones, de sensaciones, que ha despertado el texto de Juan Luis.

Y lo confieso, sobre todo a partir de la elección de Darío, como mi personaje en el reparto imaginario. Y no para enfrentarme a él, como a veces se dice, sino para meterme en su piel, en su alma... Quedan más lecturas, los ensayos, la función de cada día, para desarrollar el eco de la primera lectura, que ya ha marcado el camino. Y queda, al fin, el público, que, si ríe o sonrío, estás ya más que pagado.

¿Y las preguntas? Las buenas preguntas con amor, con sentido común y con sentido del humor.

¿Vaya, qué pasaría si me repartieran a Enriqueta? Yo, encantado, me aseguraba el humor, con sólo vestirme...

¿Es una comedia, no? Empieza y te quedas pillao. Diálogo chispeante, situaciones desesperadas, ritmo que viene de la vida. De la vida de la vida, no de la vida de la obra, que está en las palabras ligeras meticulosamente elegidas, para hacer pupa, por el autor. ¿Y además acaba bien, no? Si acaba bien es que algo ha ido mal. ¿Y qué va mal? ¿Quién da más? Lo digo, para no quedar en la superficie, haciendo gamberradas sin por qué. Que aquí es una tentación. En Kiriwina no lo sé. Y no sé si lo quiero saber...

¿Pero Darío? ¿Qué le pasa, por qué se pone así? ¿Qué le duele tanto a un tipo de hoy entre los cuarenta y los cincuenta? ¿Quiere huida, aventura, solución? ¿Todo lo que le falta es amor? ¿Amistad? Y encima tiene chispa. Pedazo personaje, para pasarlo bien y hacerlo pasar bien. A costa de algo que pica pica en su interior. ¿Y a quién representa?

A lo mejor vienen por aquí personas de otras partes con la ilusión de encontrarse un trozo del paraíso y menuda broma, si aquí estamos para salir corriendo a no se sabe donde...

¿Y eso me puede pasar a mí, si veo la obra como espectador encurtido en este vinagre democrático? En muchas conversaciones a partir de ahora iré engordando el alma de Darío... ¿Cada vez que se inicie una conversación, echándole la culpa a los políticos, a los banqueros, a la prima de riesgo, o sea a los otros, con tal de no tomar una decisión tan

arriesgada, indigna e impopular como irse a freír puñetas a otro lado del globo... y darse vacaciones de uno mismo, porque no se aguanta uno a sí mismo ni un día más? ¿Se puede hacer eso?

Me he prometido a mí mismo, escribir de corrido, sin correcciones y sin autosabotaje y al final se me ha ocurrido recordar aquella primera viñeta del paisano en una islita en mitad de un mar, que no de mierda, con un cocotero haciéndole sombra, con las piernas cruzadas, con la mirada perdida en el ir y venir de las olas... esperando vete tú a saber qué, y con cara de mala baba, que el dibujante bien podría cambiar con un ágil trazo de la boca hacia arriba. Tampoco es tan caro. Si «¡también los pobres ríen!»

¿Qué palabra se me queda en la punta de la lengua? ¿Falso, virtual, la otra comedia, la de lo que falta, la de lo que no pasa, la de lo invisible?

Me queda hablar de los otros personajes, incluso del Vecino que no podría hacer nunca, según la didascalia. ¡Por cachas, que yo tengo barriguita! Y porque no me gusta representar la intransigencia, ni la brutalidad, ni la violencia. Sea del formato que sea.

¿Lola, Guzmán, la misma Enriqueta? Para mí que a todos les pasa lo mismo: están mucho peor que Darío, pero no lo saben. No se les ve... ¿O sí? ¿Entonces qué es peor? Voy y me pregunto yo, en mi afán de buscar la tragedia de esta comedia del Mira. ¡Ahora me doy cuenta que tiene nombre de observador! Y de exclamación de asombro, también lo tiene.

¡No hay salida, qué risa! No sólo si Darío se queda, sobre todo si se va. Prueba a hacerlo con la imaginación, irte a un sitio, donde no conoces a nadie, donde las amenazas son desconocidas, para comer, respirar, dormir... cada día de tu vida. Hay que estar loco para quedarse, hay que estar loco para irse... ¿Cómo vas a perder seguridad a cambio de libertad? ¡Menuda putada de comedia!

Más putada aún es tener algo dentro, que no te gusta, y no poderlo cambiar. O cometer la estupidez de creer que lo que duele en tu interior va a cambiar por cambiar de sitio...

¿Habrá alguien que no quiera irse a una isla desierta, o de Papúa, al menos un ratito?

He mirado estos días la cara de la gente por la calle, y, o estoy obsesionado o tengo razón, la mayoría circula con cara de querer gritar... Los habrá que pueden dar un reventón de tanto aguantar el grito. Pero ciertamente no he oído a nadie hacerlo.

Quizá lo hagan, cuando salgan del teatro, los que vayan a ver PAPÚA. Será un acto político y deseo que no sea inútil.

Por el momento voy a practicar, muy bajito, sí, que mi vecina es peor que el tirahuevos, a ver si me inspiro:

¡Yujjá, yujiiiiii, auguaaaaashají ung...!

¡Leche, qué a gusto me he quedao...!

Creo que esta llamando a mi casa la policía...

José Pedro Carrión

Personajes

DARÍO, entre cuarenta y cincuenta años

ENRIQUETA, sesenta años

LOLA, algo más joven que Darío

GUZMÁN, algo más joven que Lola

EL VECINO DE ENFRENTÉ

Hoy

UNO

En Kiriwina no hay McDonalds

Desde cajas, antes de entrar en una espaciosa sala de estar —techos altos, de los de antes; una ventana, al fondo—, alguien entona con bastante poca gracia, a grito pelado, la siguiente plegaria:

¡Yujιά, yujiiiiii, auguaaaaashají ung...!

Algo parecido a un indígena reciclado entra en el salón y expía sus culpas observando el televisor, que a esas horas repasa las pesadillas habituales con las que alegra la vida al ciudadano: el paro, el último informe del Banco Central Europeo, la situación de la prima de riesgo, la corrupción política...

Aguanta unos segundos, toma aire y vuelve a desafinar con más rabia si cabe:

¡Yujιά, yujiiiiiii, auguaaaaashají... Ung, ung!!!

Es DARÍO. Va pintado de negro hasta las cejas y lleva el torso desnudo. Un punzante pendiente de madera —como un largo mondadientes— parece atravesarle la base de la nariz, aunque se nota que le molesta y termina quitándoselo. Va descalzo. Tapa sus partes por antonomasia con un taparrabos de ratán, que le deja asomar por detrás la curva de las nalgas y que remata por delante con una especie de cuerno erecto —una alargada

y delgada calabaza terminada en punta—. Su rostro mezcla rayajos vistosos, combinando verdes y ocre. Va hacia el espejo del salón. Al verse no puede disimular el susto al reconocerse con esa pinta. Suena en ese momento un móvil.

Sigue absorto por el magnetismo que le produce su imagen. El móvil insiste. DARÍO va hacia la televisión, que sigue con esa cháchara que invita al suicidio colectivo, y al girarse para recoger el mando a distancia barre con su apéndice pélvico una figura de cristal que había sobre la mesa y que ahora se hace añicos.

No pasa nada, apaga la tele con el mando, que siempre es un alivio.

Anda a pequeños saltos para no clavarse ningún cristal y alejarse del peligro; se coloca las gafas —por supuesto, de montura negra—, mete la mano bajo la prenda cónica que le cubre sus partes pudendas y saca el smart-phone que no para de emitir un politono infernal (por ejemplo, el himno de Eurovisión) y que sostiene con dos dedos para no mancharlo con el maquillaje que también cubre sus manos...

DARÍO: *(Tras mirar el visor del minúsculo terminal.)* Dime, Guzmán, dime... Buenos días. *(Habla siempre con cierta timidez.)* ¿Por qué? *(Sonríe.)* (...) No tienes por qué estarlo, de verdad. (...) Bien, sí, muy bien... ahora ilusionado, bueno, (...)...algo nervioso, sí, pero contento (...)... ya sabes, siempre con mis dudas, pero (...) ¿cómo?, bueno(...)... como tú quieras, qué pesado te pones, nano, vale(...) aunque... (...)...bien, tú sabrás (...). *(Le pica la*

entrepierna. Se rasca con mucho cuidado para no quitarse la pintura...) Se lo digo a Enriqueta (...) sí, qué problema va a haber (...) verás cómo te gusta y todo (...) pensaba pedir un taxi (...) genial. Una cosa: te vas a encontrar con Lola, no sé cómo se ha enterado (...) no, todavía no ha llegado, estará al caer (...) Pues claro que no hay vuelta atrás (...) no(...) no (...) ¡No! Pierdes el tiempo (...) Cuando puedas (...) Tú tranquilo. Venga, nano (...) Hasta ahora (...) Adiós adiós adiós.

Devuelve el móvil a su rincón testicular.

Se lo piensa. Saca el móvil, lo mira fijamente. Lo va a tirar contra la pared, pero se detiene en el último momento. Va hacia la ventana, la abre y emite un grito de hartazgo que le sale del alma mientras lanza el aparato hacia el vacío, aunque –como insinúa la escenografía– ese vacío está delante y copado por la casa del VECINO DE ENFREENTE, quien a los pocos segundos responde con un insulto: «¡cagoen...!» y el lanzamiento de un huevo que explota contra la ventana de DARÍO, un segundo después de que este, en un alarde de reflejos –como oliéndose la reacción–, la haya entornado. Como eso de destrozarse teléfonos de penúltima generación parece que sienta bien, busca el rastro del teléfono inalámbrico, que encuentra bajo algún cojín. Lo deposita con cuidado sobre el suelo, coloca una revista encima y, en otro arrebatador liberador, lo pisotea hasta destrozarlo. Con cada pisotón emite un gruñido de oculto placer...

¡Achuchumaaa, achuchumaaaaá!

Aparece **ENRIQUETA**, bata doméstica, delantal y mopa en ris-tre. Lleva unas aparatosas gafas y siempre fija la vista cuando algo le llama la atención. Va a lo suyo, como acostumbrada a ver —es un decir— un polinesio todos los días en casa machacando teléfonos.

Silba muy bajito una canción de moda.

Se percata del estropicio, se quita las gafas, se las vuelve a poner, algo que hace con mucha frecuencia. Va hacia la ventana, saca un paño y empieza a limpiarla sin perder la referencia del **VECINO**.

Se para ante la señal que le acaba de dirigir el indígena: el rito de mediodía, entre gallitos de desafío.

DARÍO: ¡Guaaaaara, guara shí shi páaaaa...!

(La voz masculina del **VECINO DE ENFRENTA**, desde fuera, se cuela a través de la ventana y repite en plan cachondeo...)

¡Guaraaaaaaaaa tu padre, gilipooooollas!

DARÍO y **ENRI** miran hacia la ventana. **ENRI** termina de limpiarla.)

ENRI: Baje la voz, jefe, que Hulk está que trina...

DARÍO: Que se aguante, que ya lo hemos aguantado nosotros lo que no está escrito, ¿no le parece?

ENRI: Sí, qué quiere que le diga.

DARÍO: Pues a lo nuestro. Otra vez... (Levantando todavía más la voz.) ¡Guaaaaaraaaaa, guara shí shi páaaaaaaaaaaaa...!

ENRI: *(Sin demasiado entusiasmo repite, apoyada en el palo de la mopa, en clave de concierto de rock casero:)* Guara, guara shí shi pá...

DARÍO: *(Intentando animarla.)* ¡Shi shi pá, shi shi jummmmm!

ENRI: *(Bajando la voz para no molestar al vecino y porque no le nace.)* Shí, shi, jum... jum.

(Pausa. ENRIQUETA mira al cielo: lo que una tiene que aguantar...)

DARÍO: Coño, Enriqueta, por favor, más fuerte... venga, como ayer... con más energía...
¡Abulé, abulé, abuliahámulélobté...!

ENRI: *(Sin demasiado entusiasmo.)* Abulé, abulé y abulipitipipi... *(no se acuerda bien)*...yoquesé... *(Va a reanudar su trabajo.)* ¿Puedo ya...?

DARÍO: Un momento, olvida algo... lo más importante.

ENRI: Por favor... jefe... ¿no tiene bastante con el vecino?

DARÍO: Ese no me sirve. Tómese lo como parte de su trabajo... *(Se lo piensa. Quiere ser una reprimenda, pero le sale casi un ruego:)* ¡Y no me llame jefe, por favor se lo pido!

ENRI: De acuerdo, jefe...

(Pausa.) Es que no me acostumbro... Qué vergüenza, por Dioss.

DARÍO: Soy yo el que ha de acostumbrarse. Venga, Enri, si de verdad significa algo para usted... hágalo... ¿Es que

usted se cree que a mí no me cuesta todo esto...? Ya sabe: aunque la mona se vista de seda...

ENRI: Ya. Usted podrá cantar misa y poner cara de caníbal pero sigue siendo, y perdone que se lo diga, el mismo pedazo de pan de siempre... Aun así... me da corte... Y con todo ese pedazo de culo al aire... ¡quite, quite!

DARÍO: Pues no le dé, elimine adrenalina y súbamela, que a usted también le gusta, no me diga que no...

ENRI: Drenalinas aparte, hay cosas que a cualquier mujer le gusta hacer con un hombre...

DARÍO: Pues a qué espera... Estoy preparado.

ENRI: Está bien, a ver si se la levanto. ¡Total, ya...! *(Toma aire. Se acerca hasta quedarse a un palmo de su cara, se quita las gafas, se las vuelve a poner, se acerca más, llevando cuidado para no clavarse la delgada calabaza aflautada que le cuelga entre las piernas a DARÍO —y que aparta ligeramente con todo el tacto que puede—.*

Se seca la humedad de los labios, traga saliva y mira fijamente a los ojos de DARÍO. Se frota las manos. Parece que va a hacerle otra cosa...

Va a gritar pero no puede. Al final le sale solo un hilillo de voz:)

Gilipollas.

DARÍO: Más fuerte, Enriqueta, más fuerte. Vamos.

ENRI: *(Con verdadera convicción. Un grito huracanado le sale de dentro. Esta vez DARÍO hace un esfuerzo para mirarle a los ojos:)* ¡Gilipooooooooollas!

EL VECINO (Off): ¡Gilipooooooooollas tu paaaadre!

DARÍO: *(Tan sorprendido como satisfecho.)* Eso está mejor... *(Se limpia un poco la saliva que se le ha quedado en la cara.)*

ENRI: Perdone, pero me he metido tanto en el papel que... Deje, ya lo hago yo, *(con ironía)* que se le va a correr el rimel.... *(Le seca la cara y los ojos.)* Y lleve cuidado, los cristallitos esos son muy traicioneros y están por todas partes... *(Sale. DARÍO salta a pies juntillas sorteando los posibles cristales rezagados hasta sentarse con mucho cuidado frente a una mesita baja donde le espera un «big Mac», lo agarra con las dos manos, hace un esfuerzo, le hinca el diente con los ojos cerrados y una ostensible mueca de asco. Mastica como un suplicio... Aparta el pack multicolor... Entra ENRIQUETA y empieza a barrer.)*

ENRI: Lleva una hora con ese maldito desayuno.

DARÍO: Es superior a mis fuerzas.

ENRI: Ya verá cuánto lo echa de menos.

DARÍO: ¿Me ayuda? Es tan grande...

ENRI: ¡No tengo otra cosa que hacer! Y no apoye la espalda, por favor, que me pone perdido el sofá con el betún ese...

DARÍO. Perdone, perdone. *(Lo intenta de nuevo. Mira la hamburguesa como su principal reto. No se decide. Desiste.)*

Abre una revista. La ojea.) ¿Le he dicho que va a seguir cobrando lo mismo, y que solo tendrá que venir un día por semana... hasta que...?

ENRI: Síiiii. Hasta que se venda la casa...

(Pausa.)

DARÍO: ¿Por qué se cree que hago todo esto...?

ENRI: ¿Los recortes? ¿Hacienda?

DARÍO: Qué va. Ellos no utilizan una sola moneda.

ENRI: ¿Hacienda?

DARÍO: No, Hacienda las utiliza todas. Me refiero a ellos.

ENRI: ¿Ellos?

DARÍO: Sí. Ellos.

ENRI: Ya han salido sus amiguitos.

DARÍO: Lo serán, espero.

ENRI: Y cómo compran... o...

DARÍO: No compran, ni nada de nada... Solo intercambian.
Le llaman Kula.

ENRI: Como la mujer del culo.

DARÍO: Sí. Mire. *(Le enseña la revista. Más quisiera ella poder leer una letra tan pequeña...)*

Yo te doy caña de azúcar, tú me das mijo.

Tú me das tabaco, yo te doy un huevo.

ENRI: Déjelo, creo que le van a hacer falta los dos.

(DARÍO vuelve a la hamburguesa. Ella a su limpieza.)

DARÍO: ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

ENRI: Ocho años.

DARÍO: ¿Ocho años ya?

ENRI: Más los trece de la otra casa.

DARÍO: ¡Se acuerda...!

ENRI: ¡No me voy a acordar! Como que lo único que se llevó de su antigua casa fueron los libros y esta servidora, nunca mejor dicho.

DARÍO: ¡Casi una década viviendo ya en este cuchitril!

ENRI: ¿Cuchitril? Cuando quiera se da una vuelta por mi casa. Bueno, con media es suficiente, que se sale. Y eso que usted vive solo y yo tengo al pariente, a mi Jéssica, su pequeño y al cafre de su novio. ¿Qué le parece? Mi casa sí que es la conquista del espacio. O te haces con un sitio o no puedes ni sentarte a ver la tele.

DARÍO: ¡Cuatro personas!

ENRI: Cuatro no, ocho. No sé si personas, pero ocho lo que seamos. Cada uno vale por dos.

DARÍO: ¿Y también tiene usted estas maravillosas vistas al mar de cemento?

ENRI: Como vivo en las afueras, por mi ventana se ve un poquito de cielo, así, una rendija, pero cielo ¡y una gran loma!

DARÍO: ¡Campo abierto...!

ENRI: Sí. El vertedero de basuras municipal. Con las llaves del piso, además de la hipoteca de por vida, nos regalaron una mascarilla.

DARÍO: Por lo menos no tiene al vecino de enfrente metiendo las narices y sus bíceps con solo abrir la ventana...

ENRI: Mis vecinos no solo meten las narices y sus bifes esos, no, se meten enteritos. Como todos están en paro, desde que mi Jose puso la paranoica esa, cuando hay fútbol, es decir, siempre, solo me falta ponerme a vender refrescos... se nos meten de todo: hasta payos-pony...

DARÍO: ¿Payos-pony?

ENRI: Vive usted en otro mundo, jefe.

DARÍO: Todavía no, pero eso intento.

ENRI: Así les llaman los gitanos a sus amigos ecuatorianos, como son tan pequeñitos, sabe... ¡Ah, y se me ha olvidado, Manolo, el chino, que es el único que trabaja!

DARÍO: ¿Manolo?

ENRI: No han conseguido aprender su nombre y le llaman así. Allí cada uno grita en su idioma. Solo hay una palabra en la que se ponen de acuerdo... ¿Sabe cuál?

DARÍO: No.

ENRI: ¡Gooooo!

(Pausa.)

DARÍO: ¿Y a usted le gusta todo eso?

ENRI: A veces parece usted tonto, jefe.

(*Por la hamburguesa.*) Si viera cómo devora eso mi Kevin...

DARÍO: (*Se toca el pecho. Le molesta.*) Se me ha soltado.

ENRI: En tres bocados se zampa esa monstruosidad. Traiga, yo se lo arreglo. (*Va hacia DARÍO y, con la boca, le empieza a cerrar el pendiente que le cuelga del pezón. No para de ponerse y quitarse las gafas, como para enfocar mejor ante la desconfianza lógica de DARÍO.*) El cierre está algo flojo... (*Lo muerde, parece que DARÍO le está dando el pecho.*)

DARÍO: ¡Ay! ¿Seguro que se ve bien?

ENRI: No, pero si le hago daño me avisa.

DARÍO: ¡Ay! Que eso no es el pendiente, que es el...

ENRI: Perdón. Ya decía yo que estaba muy blandito. ¡Ahora! Acabo de pillarle el truco... (*Sigue.*)

DARÍO: Se me cae cada dos por tres. Debía de ser usted una mujer de armas tomar.

ENRI: Es que tiene usted la tetilla tan escuchumizá, jefe...

DARÍO: Me hubiera gustado conocerla de joven.

ENRI: Eran otros tiempos.

DARÍO: ¿Otros tiempos? Depende de para qué.

ENRI: Ya está. (*Comprueba que el pendiente está en su sitio... Tira de él sin demasiada sutileza, con el consiguiente gemido de DARÍO. Se gira y vemos que a ENRI, con tanto besuqueo, se la ha quedado la boca que parecen los «morros» de una mulata.*)

DARÍO: Gracias, mulatona. (*Sonríe, le indica el estado de su boca.*)

ENRI: (*Limpiándose con el delantal y dándole cierto acento cubano...*)

¡Eso ya no se le suelta en la vida, mi amor!

DARÍO: A usted seguro que no se le caería... Tendría donde agarrarse...

ENRI: ¿Me llevo su «mic-mac»?

DARÍO: Deje que la mire por última vez.

(*ENRI posa en broma y con cierto estilo. DARÍO sonríe.*)

Me refiero a la hamburguesa...

(*Mira la hamburguesa, las patatas...*)

ENRI: Ya me extrañaba a mí: con lo vista que me tiene...

DARÍO: Estaba pensando... ¿Cuándo hemos hablado usted y yo así?

ENRI: Hablar cómo...

DARÍO: Así. De su nieto, de... sus... de todo y de nada... hablar...

ENRI: No me acuerdo.

DARÍO: Yo sí: nunca.

ENRI: A lo mejor es que como ahora es usted negro...

DARÍO: ¿Y se ha dado cuenta de que nos hablamos de usted después de tanto tiempo...?

ENRI: Normal. La faena es la faena. Hay que respetar las distancias.

DARÍO: Pues ya va siendo hora de que me falte al respeto.

ENRI: Le he tocado la tetilla. Y le acabo de llamar gilipollas, ¿le sirve?

DARÍO: Se lo he pedido yo. A eso se le llama terapia de humillación.

ENRI: Pues esa cosa me gustaría a mí tenerla con mi marido y llamarle gilipollas por lo menos una vez al día... ¡Me iba a quedar como los ángeles...!

DARÍO: ¿Y por qué no lo hace?

ENRI: Porque ya me suicidaré cuando sea más mayor todavía...

DARÍO: ¿Y si nos tuteamos...?

ENRI: ¿Usted y yo, jefe...?

DARÍO: Mañana ya va a dejar de verme... ¿no?

ENRI: No me lo recuerde...

DARÍO: Lo dice como si me fuera a echar de menos...

ENRI: Pues claro... *(Parece que se va a emocionar.)*

DARÍO. ¿Qué, nos tuteamos, Enri? ¡Solo serán unas horas!

ENRI: De acuerdo, Dari. Lo que usted quiera.

DARÍO: Siempre pasa lo mismo.

ENRI: Qué.

DARÍO: Descubres las cosas cuando ya es tarde. (*Abre la boca. Va a morder la hamburguesa, la deja definitivamente.*)

¿Sabes, Enri?

ENRI: Qué, Dari.

DARÍO: En Kiriwina no hay McDonalds... Me sienta bien saber que dejé toda esta... esta mierda para siempre... con perdón.

ENRI: (*Llevándose la hamburguesa.*) Ya tiene merienda mi Kevin, ¡ya verá cuando se acuerde usted del jabugo...!

DARÍO: Una buenas gachas de ñame bañadas en leche de coco me lo harán olvidar...

ENRI: ¡Igualito...! Me voy para la cocina, que tengo mucha faena.

DARÍO: Pon dos cubiertos más. Tenemos invitados.

ENRI: ¡Pobrecitos! (*Va a salir.*)

DARÍO: ¿Te ayudo a cortar la yuca?

ENRI: No hace falta.

DARÍO: Ánimo, Enriqueta, que le estás cogiendo el punto a los escamoles.

ENRI: (*Que acaba de romper el enésimo plato de su vida, desde dentro...*)

¡Ni me los nombre, que me pongo de los nervios!

DARÍO: ¿Y el tuteo, Enri, y el tuteo...?

ENRI: ¡Perdona, Dari...! ¡Dios mío, pero qué asco, por Dioss!

DARÍO se levanta, estira los brazos y las piernas, como calentando. Abre los ojos todo lo que puede —un poco más y se le salen de las órbitas— y luego inicia, de golpe, su danza maorí, una «haka»: una coreografía de ojos saltones, lengua fuera, lengua dentro y palmadas en el pecho que acompaña con sonidos de estreñimiento, que van subiendo en intensidad hasta convertirse en verdaderos alaridos. Si midiera uno noventa y estuviera musculoso, parecería uno de los ALL BLACKS del rugby neozelandés antes de un partido. Pero DARÍO está en las antípodas. Por ahora.

ENRI vuelve de la cocina, chista a DARÍO para que baje la voz, y cierra la ventana, antes de que el VECINO haga una de las suyas.

En efecto: nada más cerrar, un nuevo huevo —y un nuevo insulto: ¡maricooon!— se estampan contra el cristal. Tras esto, el silencio y un oscuro, fulminantes, que enlazan con la siguiente escena.

DOS

Un katububula de margaritas y el mweki mweki

Han pasado un par de horas durante los pocos segundos que ha durado el oscuro. Al iluminarse el escenario, no queda rastro del último huevo sobre la ventana. DARÍO emite un extraño gemido nasal e inicia un nuevo baile: el mweki-mweki, una danza de la polinesia en la que, juntos los pies, se cimbreo la cintura de atrás hacia adelante, a impulsos de la pelvis, en señal de regocijo. Un nuevo huevo explota contra los cristales de la ventana, esta vez sin acompañamiento de insulto. Entra ENRIQUETA y extiende un mantel y unas servilletas sobre la mesa del salón. Entre ellas descubre que se le han colado unos calzoncillos. Se fija en DARÍO, esta vez le hacen gracia sus movimientos. Lo imita unos segundos sin que se dé cuenta. Limpia la ventana con los calzoncillos y sale.

Suena el timbre varias veces. ENRI entra secándose las manos sobre un delantal. DARÍO le indica que vuelva a la cocina, que ya se encarga él de abrir. Un último timbrazo. Sale.

Silencio.

Se oye un grito de mujer entre bastidores, muy agudo, histérico. DARÍO entra con una mujer en brazos, es LOLA. Está desmayada. De la misma quinta que DARÍO, viste muy moderna y algo

estridente: el pelo, fucsia, más corto de lo normal, la falda más corta de lo normal, ella –posiblemente– también más corta. Se agarra a un bolso fosforito como si fuera su salvavidas.

La recuesta sobre el sofá. Llega ENRIQUETA, la reconoce con cierto desagrado, vuelve a la cocina y regresa con un vaso de agua.

DARÍO le da a la ausente pequeñas palmaditas en la cara mientras le susurra:

«Vamos, Lola, que soy yo. Despierta... ¡Lola, que soy yo, Darío...! ¡Venga!»

ENRIQUETA no sabe qué hacer con el vaso de agua al ver que LOLA no despierta. Se decide y se lo echa a la cara, con un poco de mala fe, y escapa hacia algún rincón... Naturalmente, LOLA vuelve en sí, de golpe, y abre los ojos como platos.

Pausa.

LOLA se queda mirando al indígena, aterrada.

DARÍO sonríe, ella le devuelve una sonrisa condescendiente y confusa, sin soltar el bolso. ENRIQUETA, agachada, que ha descubierto nuevos restos del inalámbrico bajo un sillón, empieza a recogerlos. LOLA no entiende nada... Se arma de valor, compone su escote siliconado ante la mirada acechante del extraño, y –todavía con el miedo en el cuerpo– se decide a hablar, aunque le tiembla la voz...

LOLA: Yo... amiga.

(DARÍO no sabe / no contesta.)

ENRIQUETA asoma la cabeza por encima del respaldo del sillón.)

¿Hablar-mi-idioma?

(DARÍO mira a ENRIQUETA, que vuelve a su búsqueda del trocito de teléfono perdido.)

¡Que si hablas mi idioma, pedazo de negro!

DARÍO: (Siguiéndole la corriente. Oscurece la voz.)

Pedazo-de-negro, amigo, ¡unga unga!

LOLA: ¿Venir en cayuco, unga unga?

(DARÍO no sabe qué contestar.)

Empiezo a entender... unga unga. (Vocalizando al máximo...) A-cabar de lle-gar huyen-do de la guar-dia civil... ¡tri-cor-nio!... (Dibuja sobre su cabeza un tricornio ilustrativo. Mima los cien metros libres.)

DARÍO inclina la cabeza confirmando las sospechas de LOLA.)...y tú colarte en la prime-ra ca-sa que encon-trar... unga unga. (Deja de vocalizar.)

Enriqueta, no te preocupes, tú sigue escondida, esto hay que tomarlo con naturalidad. Que sean negros no significa que sean unos salvajes, creo; aunque con esa pinta de... (Lo mira de arriba abajo. Se fija sobre todo en la calabaza cónica...)

... marrano en celo con tapahuevos de ikea...

(Siguen las sonrisas ambiguas. Pausa. Suelta con una mano el bolso y se la acerca. Vuelve al si-la-be-o...)

Lo-la Se-púlve-da, para servir al negro.

DARÍO: *(Con su voz.)* Da-río Fo-rtes. *(Le da la mano.*

Pausa.)

LOLA: ¿Qué? *(DARÍO sonríe. LOLA, con la mano pringosa por la pintura, empieza a reconocerlo.)*

¡Serás imbécil!

DARÍO: *(Forzando de nuevo la voz.)* Pedazo de blanco... muy imbécil. Unga unga. *(ENRIQUETA no puede reprimir la risa mientras recoge los trocitos del teléfono. Se levanta. Va hacia el vaso que ha dejado cerca de LOLA, se lo acerca hasta casi tocarlo con las gafas: ve que todavía tiene un poco de agua. Se lo ofrece a LOLA.)*

ENRI: Beba un poco, le sentará bien.

LOLA: ¿Y tú se puede saber qué hacías por ahí abajo? *(Bebe. Respira hondo.)*

ENRI: Recoger restos de teléfono machacado. *(Vuelve a la cocina con el recogedor.)*

LOLA: *(A Darío.)* ¿Qué haces así?

DARÍO:...

LOLA: Me habían dicho que estabas mal, pero no me imaginaba que...

DARÍO: Te habían dicho mal que estaba mal.

LOLA: Con razón me sonaba este cuerpo danone desnata-do...

DARÍO: Soy el de siempre.

LOLA: Un poco pasadito de rayos uva ¿no te parece?... (*Se limpia con un pañuelo y una ostensible mueca de asco. Se huele las manos. Insiste sobre el aparatoso como enhiesto.*) ¿Y el pirindolo ese?

DARÍO: Se llama wake. Es una calabaza.

LOLA: Qué barbaridad. Apunta para otro lado, por favor.

DARÍO: Perdona, perdona...

LOLA: Un poco incómodo, ¿no?

DARÍO: Uno se acostumbra a todo.

LOLA: Te recuerdo que te aguanté trece años...

DARÍO: Y yo.

(*Pausa.*)

Pero esto (*por el wake*) es más llevadero.

LOLA: Pues qué bien. Por Dios, ya no me acordaba de tu culo... qué cosa más fea... ¿y ahora...?

DARÍO: ¿Qué?

LOLA: (*Harta de la situación.*) En serio: ¿Se puede saber de qué vas?

(*Pausa.*)

¿Además de negro y mariquita te has vuelto sordo?

(*Pausa.*)

DARÍO: Pregunta mejor a dónde.

LOLA: A dónde.

DARÍO: A las Islas Trobriand.

LOLA: Ah. (*Ni idea.*)

DARÍO: A ver si te sitúo, aunque si no localizabas Cuenca, pues... Veamos. (*Le acerca una revista para que se sitúe.*) Australia. ¿Vale?

LOLA: (*No lleva las gafas de cerca. Ni lo intenta.*)

Más o menos. Aquí al ladito.

DARÍO: Arriba. Nueva Guinea y Papúa. Las Islas Trobriand.

LOLA: Por ahí ya me pierdo.

DARÍO: El que se va a perder voy a ser yo.

LOLA: Lo que yo creo es que andas perdido hace algún tiempo.

DARÍO: Pues entonces allí me encontraré.

(*Pausa. LOLA termina de apurar el vaso.*)

LOLA: Y el caso es que antes, en mitad del mareo, te lo juro, oía como voces de ultratumba, y sin embargo... ¡me resultaban familiares!

DARÍO: El vecino de enfrente, se pasa el día delante de la telebasura que tanto te gusta...

LOLA: Ya decía yo. Resultaba un poco raro que hasta en el más allá se pusieran silicona. (*Pausa. Sin quitarle la vista de encima.*) Con que... unas vacaciones en... ¿Nueva Pu...? Esto es demasiado para mí. (*Saca del bolso una cajetilla de tabaco.*) ¿Te importa? (*Enciende un cigarro obviando la respuesta.*)

DARÍO. Algo más que vacaciones... Me voy a vivir allí.

LOLA: ¿A dar clase a los jóvenes pu...púos?

DARÍO: Espero que no, ahora me toca aprender a mí.

LOLA: ¿Aprender tú?

DARÍO: Sí.

LOLA: ¿Qué?

DARÍO: Todo.

(Pausa.)

¿Y tú?

LOLA: Qué.

DARÍO: A qué se debe la visita.

LOLA: Mírate y respóndete. Lo que siento es no haber venido antes.

DARÍO: Hacía seis meses que no nos veíamos. Desde el apendicitis de Dani.

LOLA: Sí. Y te veo un poco cambiadito.

DARÍO: Tú estás igual. *(Sonríe.)* Bueno, entonces llevabas el pelo...

LOLA: Naranja, no... ¿Rojo?

DARÍO: Rojo.

LOLA: ¿Y desde cuándo?

DARÍO: Qué.

LOLA: Desde cuándo te ha dado por...

DARÍO: Hace tiempo que me rondaba por la cabeza. Aunque la decisión la tomé hace un par de semanas... ¿Te quedas a comer, no? (*LOLA asiente.*) ¿Quieres beber algo?

LOLA: Sí, por favor.

DARÍO: ¿Qué es lo último?

LOLA: Ginebra, ¿tienes?

DARÍO: Sí. Creo que sí. (*Busca en un pequeño bar. Le sirve una copa.*)

LOLA: ¿El piercing ese de la teta no te hace daño?

DARÍO: Menos daño que la tele.

LOLA: ¿Y los rayajos esos...?

DARÍO: ¿A que te gustan?

LOLA: Cantidad.

DARÍO: Los colores quieren reflejar la forma de ser de cada uno. En mi cara, ¿ves?, predomina el verde...

LOLA: De capullo...

DARÍO: De esperanza.

(*LOLA le mira los pies, vuelve a mirarlo de arriba abajo.*)

LOLA: No me lo puedo creer no me lo puedo creer no me lo puedo creer. Virgen Santa, qué cromo.

(*Risa nerviosa. Apura el trago.*)

Así que... ¿te largas...?

DARÍO: Ajá.

LOLA: Otra, por favor, de lo mismo, pero doble.

(DARÍO se la sirve.)

¿Solo?

(DARÍO asiente.)

¿Y...?

DARÍO: ¿Quién?

LOLA: La última.

DARÍO: Olga. Ya no... Bueno, saqué billete también para ella...

LOLA: ¿Y?

DARÍO: Desde entonces, como dice Enriqueta, está en «panadero desconocido». Se ha liado con Bautista, el de la confitería de abajo.

LOLA: Vaya.

DARÍO: Qué va, mejor.

LOLA: ¿Y te vas por mucho tiempo?

DARÍO: Por todo el tiempo.

(Vuelve ENRI a por la escoba. Es un pretexto como otro para cotillear.)

LOLA: Cuándo.

DARÍO: Esta noche. A las nueve sale el avión. Madrid, Amsterdam, Sidney, Port Moresby, y de allí tomo un barco hasta Kiriwina, en las Islas Trobriand... Todo es Papúa.

LOLA: Suena a puticlub. ¿Y no te podías haber ido un poquito más lejos?

DARÍO: No.

(Pausa. LOLA apura el último trago.)

LOLA: Si lo que necesitas es renovarte, yo qué sé, respirar aire nuevo, podías irte a... a...

DARÍO: A...

LOLA: A Francia, por ejemplo... estuve allí este verano... Qué paisajes y qué comida. Y estos franceses qué bien hablan el francés, que parece que te estén seduciendo, tú... tan romántico, tan sexi... *(Habla con pronunciada sensualidad, como para convencerlo...)* Je t'aime, cheri, rien va plus, oh la la, mon amour...

ENRI: *(Imitándola...)* ¡Oh, la la, Carrefour...! *(LOLA la fulmina con la mirada. ENRI hace mutis por el foro con su escoba.)*

LOLA: ¡Cómo puedes seguir aguantando a eso!

DARÍO. Es ella la que me aguanta a mí.

LOLA: Pues yo sigo sin entender nada. O te has dado un golpe en la cabeza o...

DARÍO: No hay nada que entender.

LOLA: Si te vas esta noche...

DARÍO: A las siete y media tengo que estar en el aeropuerto...

LOLA: A qué santo vas disfrazado así... todavía.

DARÍO: Te equivocas, me voy ya vestido... así.

(Pausa. LOLA no da crédito a lo que oye.)

LOLA: ¡Pero si vas casi en pelotas, hijo mío...! ¡Y más descalzo que un mono! ¿Te estás quedando conmigo...? ¡Dios! Creía que te conocía poco, pero ¡tan poco...! Menuda sorpresa. ¡Con lo tímido y lo soso que eras...!

DARÍO: Lo sigo siendo, Lola... ¿No lo ves?

LOLA: Lo que veo es a un tío que parece que se haya escapado de un documental de la dos. ¿Me estás diciendo que vas a salir a la calle así y que vas a pisar el aeropuerto y facturar así y que...? ¿Tú?

DARÍO: Sí. Así. Bueno, me quitaré el wake. Para no arañar los asientos...

LOLA: ¡Peor aún, entonces te encerrarán por ir en pelotas!

DARÍO: Mujer, (*sonríe*)...me pondré un bañador...

LOLA: Es igual, me estás diciendo que vas a entrar en un taxi y...

DARÍO: Me lleva Guzmán, estará al llegar.

LOLA: ¿Guzmán?

DARÍO: Sí, Guzmán. Mi amigo Guzmán.

LOLA: ¿Sabe Guzmán la pinta que llevas?

DARÍO: No.

(*Pausa. Baja la mirada. Se anima.*)

No es peor que la tuya.

LOLA: Por favor, no compares.

DARÍO: Tú te tiñes de fucsia, yo de negro. Tú llevas pendientes de plata, yo... de pino y de teca; tú... un wonderbrá de esos, ¿no?...

LOLA: Hijo, sí que te fijas, en eso sí que no has cambiado...

DARÍO: ...Yo, ratán y wake... La pinta depende de los ojos que te miran. Si, por ejemplo, vinieras... conmigo...

LOLA: Faltaría más...

DARÍO: Los nativos te verían como una dim-dim, una forastera que viste de lo más ridículo, pero te recibirían con los brazos abiertos y te regalarían un katububula. Por cierto... (*Le coloca uno de los collares de margaritas.*) Flores de bienvenida. Estas son de papel, pero sirven. Las he terminado esta misma mañana.

LOLA: (*Con desazón creciente...*) ¿Y qué vas a hacer con la casa, las clases, el coche...?

DARÍO: Todo está arreglado. No me llevo nada.

LOLA: ¿Ni la Visa?

DARÍO: Para qué. Me voy con lo puesto y poco más.

(*Pausa.*)

LOLA: Qué culo más... qué culo más ridí-culo tienes, por Dioss (*ríe su gracia*).

DARÍO: Creí que lo tenías ya muy visto....

LOLA: Las pesadillas se olvidan.

(*Pausa. LOLA estalla, como si el interrogatorio culminase en la pregunta estrella...*)

¿Y el nene?

(Pausa. DARÍO estaba esperando esa pregunta.)

DARÍO: Ya lo sabe.

LOLA: Pues a mí no me ha dicho nada.

DARÍO: ¿Desde cuándo te dice algo?

LOLA: Vaya con Darío, qué valiente se ha vuelto... ¿Y a ti qué te ha dicho?

DARÍO: Qué me ha dicho. *(Imitando al chaval:)* «Pasón, tío.». Según él por ahí hay una hierba «de vicio...». Y además, como le dije que se quedara el coche, pues... «no veassss, viejo, estás hecho un crack...»

(Pausa. LOLA está descolocada.)

LOLA: ¿Y te van a dejar entrar al avión, así?

DARÍO: Me asiste el derecho internacional.

LOLA: Entonces te arrestarán por escándalo público.

DARÍO: Imposible. He calcado el traje, bueno, esto que llevo, de un libro sobre Melanesia. Solo me faltan las plumas de cacatúa en la cabeza.

LOLA: Lo que te faltaba para estar bonito del todo.

DARÍO: Artículo 312 de la carta de los Derechos Humanos. «Nadie será discriminado por su atuendo, indumentaria o especificidad étnica...»

LOLA: Ya veo que estás muy puesto.

(Lo vuelve a mirar. Ríe.)

Así que...

DARÍO: ¡Llegó el día!

LOLA: Me casé con un hombre hecho y derecho..

DARÍO: Y te separas para siempre de un torcido... tokwai-gula.

LOLA: ¡Anda que el nombrecito se las trae...! No termino de imaginarme la cara de las azafatas. ¿Y la plaza?

DARÍO: ¿Qué plaza?

LOLA: La de funcionario. ¿Has pedido excedencia?

DARÍO: No he pedido nada. Ya se encargarán de borrarame de todo.

LOLA: ¿Y por qué?

(Vuelve a sonar el timbre. DARÍO va a ir a abrir, pero se lo impide ENRI, que le sale al paso.)

DARÍO: Guzmán.

LOLA: A ver si él te hace entrar en razón.

DARÍO: Con lo loco que está...

LOLA: Ahora no te llega ni a la suela del zapato...

DARÍO: Porque voy descalzo.

(Llega GUZMÁN, algo más joven que ambos. Trae una botella de vino. Se para ante la presencia de DARÍO. Mira a LOLA, la saluda como pidiéndole una explicación.)

GUZMÁN: ¿Y esto?

LOLA: Esto es Darío Minga Chunga; Darío Minga Chunga, Guzmán...

(Sonríen. GUZMÁN deja la botella sobre la mesa y lo rodea sin perderse detalle. Repasa con un dedo la pintura de su espalda. Se aleja para contemplarlo desde lejos, no puede reprimir una risotada, por fin se acerca a darle la mano, pero para no ensuciarse más cambia de idea y le estrecha la punta del wake erecto, que le sirve también para limpiarse...)

GUZMÁN: Mucho gusto, hombre polla.

(Pausa. No sale de su asombro.)

Nano, es cojonudo, nunca mejor dicho. ¿De dónde has sacado el disfraz?

DARÍO: No es ningún disfraz. Algunas cosas me las ha cosido Enriqueta, el wake me lo he hecho yo...

LOLA: El pirulí.

GUZMÁN: Qué auténtico. ¡Me lo podías dejar para carnaval!
(DARÍO le coloca otro collar de flores.)

DARÍO: Bienvenido a mi despedida.

GUZMÁN: ¿Y por qué?

DARÍO: Por qué qué.

GUZMÁN: Por qué se te ocurre ponerte así antes de meterte en un avión. Vas a tardar una hora para quitarte todo ese pringue. *(Llega ENRIQUETA y termina de poner la mesa remirando cada una de las cosas que coloca.)* Hola, Enri. *(ENRI le devuelve el saludo con una sonrisa. LOLA aprovecha cualquier momento en el que DARÍO no les mira para*

insinuarle con un gesto a GUZMÁN que su amigo ha perdido la cabeza.)

DARÍO: Porque así ya no me lo tendré que poner cuando llegue.

GUZMÁN: ¿Cómo?

LOLA: Créetelo...

GUZMÁN: ¿Quieres decir que...?

DARÍO: Un inmigrante de Zambia, o de donde sea, que va con con con un taparrabos por su poblado, para venir aquí se pone vaqueros ¿no?,

Irá tan incómodo como yo ahora. Pues yo he hecho lo mismo, pero al revés.

GUZMÁN: Entiendo. *(No entiende nada.)*

DARÍO: Me alegro. Si no he querido decirte nada todos estos días era para evitar explicaciones. Imaginaba que me ibais a freír a porqués. Por qué esto, por qué lo otro... Coño, y perdonad, preguntarse a estas alturas por qué alguien decide buscarse la vida en otra parte es tener poca imaginación...

LOLA: Pero a ti no te han despedido, ¿que eres funcionario!

GUZMÁN: Una raza en extinción...

DARÍO: Cambiar de vida, en todos los sentidos. *(Pausa.)* Sabía que no lo ibais a entender. Además, por qué siempre tenemos que pedirle un porqué a todo. ¿Por qué, por ejemplo, cuando miramos el techo abrimos la boca? *(Se*

*miran los tres, después miran el techo: los tres abren la boca.
LOLA ríe al mismo tiempo que da una palmada.)*

LOLA: Joder, no me había dado cuenta.

DARÍO: O por qué las mujeres cuando os reís tenéis que aplaudir.

(A LOLA le vuelve a hacer gracia la ocurrencia. Ríe. Y descubre que, en efecto, aplaude.)

LOLA: ...O por qué a alguien que va de sensato... se le va la cabeza de repente...

ENRI: *(Saliendo hacia la cocina.)* O por qué en los carritos de la compra vacíos del hiper hay siempre una hoja de lechuga...

(Pausa.)

DARÍO: Una buena pregunta, Enri. Por eso lo mejor es no hacerlas.

GUZMÁN: Hombre, no te digo yo que a veces no le entren a uno ganas de largarse y mandarlo todo a la mierda, que menudo país nos están dejando, pero tú te estás pasando tres pueblos...

DARÍO: Tres pueblos o tres continentes, lo que toca ahora es pasarse.

LOLA: Quién te ha visto y quién te ve...

GUZMÁN: ¿No me ensuciarás la tapicería del coche?

DARÍO: Llevaré cuidado.

GUZMÁN: ¿Me dejarás al menos que te haga una foto con el i-pod?

(Saca un móvil con una carcasa muy vistosa. DARÍO posa con el gesto de victoria y le fotografía mientras ENRIQUETA acerca unas bandejas con comida humeante.)

DARÍO: Con una basta.

(Le quita el móvil, lo mira fijamente, con la misma expresión que al principio, y después mira hacia la ventana.)

GUZMÁN: Qué le pasa a mi móvil.

DARÍO: Nada, oscuras tentaciones. *(Lo deja encima de la televisión.)*

GUZMÁN: Me ha costado un pastón... Joder, nano, estás muy raro. Cómo pueden cambiar tanto las cosas en una semana. La última vez que te vi llevabas una corbata espantosa.

ENRI: Esto o se come caliente o no vale nada. *(Le guiña un ojo a DARÍO.)*

GUZMÁN: Y ahora...

LOLA: Eres un espanto sin corbata.

GUZMÁN: Y muy sexi... ¡Ey, ese culito, más de un indigena se va a poner a cien!

DARÍO: Todo tiene su sentido.

GUZMÁN: ¿Cuál?

DARÍO: El mismo que el que yo llevara antes corbata...

GUZMÁN: Pero la corbata te la anudabas al cuello, no a los huevos...

LOLA: No le des ideas...

DARÍO: ¿Comemos?

GUZMÁN: Qué forma de quedarse con el personal. Mmmm... Me muero de hambre.

LOLA: *(Va hacia la mesa.)* ¡Huele bien...! *(A GUZMÁN.)* ¿De verdad que no sabías nada más cuando...? *(Interrumpe la pregunta.)*

GUZMÁN: Al ver que no se pasaba por clase desde el lunes y que no daba señales de vida le llamé y, tras no sé cuántos mensajes, conseguí hablar con él y algo me contó, pero muy por encima. Al final le saqué lo que no quería soltar: había tomado la decisión más importante de su vida... Me asusté: ¿No jodas que te vuelves a casar? No, me dijo, no es eso, es otra cosa, me voy, no hagas preguntas, nano, ya te escribo cuando me haya establecido. Así que comprenderás que me quedé con la mosca detrás de la oreja hasta que...

DARÍO: Si no te hubieras puesto tan pesado. Enriqueta, falta un cubierto.

GUZMÁN: Joder, Darío, eres mi amigo y me dices así, de repente, que...

ENRI: Hay tres...

GUZMÁN: ¿Me dijiste Australia?

DARÍO: Somos cuatro, Enri. Cerca.

GUZMÁN: Entonces sabrás en qué consiste el polvo australiano. (*Sonríe antes de tiempo.*)

ENRI: ¿Esperas a alguien más, jefe?

DARÍO: Sí, tú. Hoy eres mi invitada... Ni idea.

LOLA: ¿Jefe? ¿De la tribu de los gilipollas?

ENRI: Eso mismo le tengo que decir cinco veces al día. ¿Yo?

DARÍO: Quiero que comas con nosotros.

LOLA: ¿Y ese tuteo, desde cuándo?

ENRI: Desde esta mañana. ¡Un buen día para invitarme, sí señor!

LOLA: ¿Por qué?

ENRI: Por nada, por nada, cosas mías. (*Mirando con disimulada desconfianza las bandejas con la comida.*) Es que me pillas sin demasiado apetito...

GUZMÁN: ¿El polvo australiano? Es muy sencillo: ¡mientras el marido se tira a la canguro, la mujer da saltos por la casa! (*Vuelve a sonreír. Es el único.*)

ENRI: Traeré un cubierto más. (*Sale.*)

GUZMÁN: ¡Y un abridor para el vino! Tú también te hubieras preocupado. Y cuando ayer me dices que te ibas ya, bueno, hoy, ¡la leche...! ¿Te haces una idea de la que se va a armar en el Instituto? El director está que para qué...

DARÍO: La primera vez que faltó en veinte años...

GUZMÁN: Y sin dar ni una explicación.

DARÍO: Me llama todos los días. Ya se cansará.

GUZMÁN: No veas lo contento que tienes a los chavales.

DARÍO: Estupendo.

(Pausa.)

Acabo de romper el móvil. Y el fijo.

GUZMÁN: Cuando lo cuente no se lo van a creer...

DARÍO: Lo que no entiendo es quién te pudo decir algo a ti, Lola.

LOLA: ¿A mí? *(Vuelve ENRIQUETA.)* Un pajarito.

DARÍO: ¿Fuiste tú, Enriqueta?

LOLA: ¡Como nos llevamos tan bien...!

DARÍO: ¿Entonces?

(Pausa.)

GUZMÁN: Se lo conté yo.

(ENRI silba como un jilguero.)

(GUZMÁN descorcha la botella.) Te va a encantar este vino... ¡recién traído de la France, oh, la la... mon amour, cheri...! *(Se sienta. DARÍO mira a LOLA, que se sienta junto a GUZMÁN, quien disimula como puede olisqueando el tapón de la botella recién abierta.)*

LOLA: ¡Marisco! ¡Qué buena pinta tiene!

(ENRI no dice nada. Mira al cielo y se dispone a servir. DARÍO le detiene.)

DARÍO: Enri, eres mi invitada, por favor, que cada uno se sirva lo que quiera...

(DARÍO se va a sentar sobre la silla que preside la mesa, pero se da cuenta de que no puede hacerlo como siempre, por la prótesis, así que se sienta de lado, con el wake apuntando hacia el espectador. ENRI se sienta junto a él sin dejar de observar cómo LOLA ataca con cierta voracidad su plato.

LOLA: *Tras paladear con placer el primer bocado...*)

Mmmm.. Serás una impresentable, hija, pero sigues cocinando como Dios.

ENRI: Amén.

Comen todos menos ENRI, que se persigna tan temerosa como extrañada por el éxito de sus guisos, aunque ella misma no se atreve a meter el tenedor en el plato.

Y se va haciendo oscuro lentamente.

TRES

Sing-sing no es una cárcel

Solo unos segundos después, todavía en oscuro, el silencio se interrumpe bruscamente con el sonido de las arcadas que provienen de bastidores. Se vuelve a iluminar el escenario, los collares de margaritas cuelgan ya del respaldo de una silla. Ha pasado un buen rato. Vemos a ENRIQUETA, sentada todavía a la mesa. Está terminando de comer. Se para cada vez que escucha un estertor, a pesar del cual se le ve disfrutar, gratamente sorprendida. Sobre la «chaise longue», GUZMÁN devora un puro mientras hace la digestión y ojea tres o cuatro libros; DARÍO —que lleva puesto el delantal de ENRI, por el que asoma el wake erecto— recoge la mesa y LOLA, desaparecida en combate, se descose a vómitos en el cuarto de baño, fuera de la escena.

ENRI: *(Antes de que DARÍO retire la última bandeja...)* ¡Un momento!

(Rebañando el plato.) ¡Quién me lo iba a decir a mí, que me ponía los guantes de plástico y hasta pinzas en la nariz cuando estaba cocinando estos bichos...!

DARÍO: Con tal de llevar la contraria a Lola...

ENRI: Que no, jefe, que esto está cojonudo... y perdone, digo, perdona la confianza, pero yo es que es beber una copa y... ¡me chispo!

GUZMÁN: Hubiera estado mejor si no hubiéramos sabido lo que comíamos... O si nos lo hubiera confesado el borde este al principio y no al final.

DARÍO: Cuando habéis preguntado... ¿Qué tal?

GUZMÁN: (*Atento a los libros.*) Interesante, la verdad es que sí.

DARÍO: No tienen desperdicio.

(Vuelve LOLA, lleva el pelo fucsia revuelto –como si el tinte le hubiera producido un cortocircuito sobre cada una de las mechas– y los ojos algo desorbitados...)

LOLA: ¿Cómo cómo cómo has dicho que se llamaba lo que nos hemos...?

(No se atreve ni a pronunciar el participio para que no le sobrevenga otra arcada.)

DARÍO: Maguey.

LOLA: No, has dicho algo más...

DARÍO: Mmm... de Maguey.

LOLA: ¿Qué?

ENRI: ¡Gusanos de Maguey, coño!

LOLA: (*Otra arcada, aunque esta vez no llega a vomitar.*)

¡Había oído bien! ¿Nos has invitado a comer gusanos?

ENRI: (*Imitándola.*) ¡Marisco, mmm... me encaanta! (*LOLA la aniquila de nuevo con la mirada.*)

DARÍO: Era el menú del día. Desde hace una semana intento acomodar el estómago a la vida que me espera.

GUZMÁN: Qué cabrones, parecían langostinos...

DARÍO: ¿Verdad?

LOLA: Hasta que el Kunta Kinte este de los huevos nos lo ha dicho. Después sabían a lo que eran... ¿Has dicho «la vida que te espera»?...

DARÍO: Lola, no es la primera vez que comes gusanos, te lo aseguro... Y sí, lo he dicho.

LOLA: Ya lo creo, todos los días me desayuno un sandwich mixto de orugas fritas... ¿Y te quedas tan campante, en vez de empezar a sudar sangre?

DARÍO: Caracoles... ostras... quisquillas... son de la misma familia...

LOLA: También sois de la misma familia tú y Brad Pitt y no os parecéis en nada...

Entonces, los guacamoles esos así pequeñitos, qué demonios eran...

DARÍO: Los escamoles. Qué... más da.

LOLA: Sí... que da. ¿Verdad que da?

GUZMÁN: Da, da.

DARÍO: ¿Estaban buenos?

GUZMÁN: Como dicen nuestros alumnos: ¡estaban que te cagass...!

DARÍO: Entonces, Montesco o no Montesco... tú eres tú.

LOLA: Vale, pero qué eran.

GUZMÁN: A mí es lo que más me ha gustado. Tan crujientes y sabrosos que se deshacían en la boca... ¡deliciosos de verdad!

LOLA: ¿Y por qué no has repetido como yo?

GUZMÁN: Porque no me fío un pelo de este... Ya no. Que se ha vuelto un bromista de la noche al día. Igual eran... vete tú a saber... larvas o algo parecido. *(Ríe su ocurrencia.)*

LOLA: Más cochinas no, por Dios... *(Mira a DARÍO, que se siente algo incómodo. ENRI no puede evitar reírse... LOLA se teme lo peor...)*

¿Es que eran larvas? ¿Eran larvas de gusanos?

DARÍO y ENRI: ¡No!

(LOLA y GUZMÁN resoplan tranquilos.

Pausa.)

ENRI: Eran... larvas de hormigas.

(LOLA palidece, pero ahora es GUZMÁN el que, con toda la naturalidad del mundo, deja el libro, cierra la boca presintiendo el vómito, se lo piensa dos veces, se levanta y sale hacia el cuarto de baño, excusándose ante LOLA guturalmente.)

LOLA: Perdona que no te acompañe, a mí solo me queda vomitar el deneí....

DARÍO: *(A GUZMÁN.)* ¿¡Te encuentras bien!?

GUZMÁN: *(Desde dentro.)* ¡Estubendabente!. *(Y empieza a vomitar.)*

ENRI: *(Que da por finalizado el banquete, se le escapa un pequeño eructo.)*

Perdón. Iré a prepararles algún digestivo.

DARÍO: Una infusión de cardomomo les sentará de miedo.

LOLA: ¡Y una leche! ¡Tú, quietecita, Enri, que ya nos has asustado bastante!

(ENRI se levanta y termina de quitar la mesa.)

DARÍO: Todo está aquí. *(En la cabeza.)*

LOLA: En tu caso, estaba. Antes tenías serrín, ahora ni eso...
¡Con lo cabal que eras... y... y...!

DARÍO: Qué.

(Regresa GUZMÁN, se sienta y vuelve a consultar el libro, como si nada.)

LOLA: Que no estás bien, Darío, por Dios, no estás bien...
Te juro que me cuesta decírtelo, coño, solo hay que verte,
¿es que no te das cuenta? ¿Está bien Darío, Guzmán...?
Díselo tú a ver si a ti te hace caso...

GUZMÁN: Hombre... *(Sonríe)*...bien, lo que se dice bien...

DARÍO: Estoy mejor que nunca.

LOLA: Eso es lo que dicen todos a los que se les ha ido la pinza.

DARÍO: (A GUZMÁN.) ¿Y tú, qué tal?

GUZMÁN: Después de expulsar de mi cuerpo los aliens rebozados esos que nos has dado uno se queda como nuevo... ¡Vomitera y todo, te juro que nunca me había divertido tanto en tu casa!

LOLA: Tú tómatelo a mofa. Deberíamos llamar al doctor Esquerdo...

DARÍO: ¿A quién?

LOLA: A Rafa, mi psiquiatra. Una sesión con él cada mes...

DARÍO: Olvídalo.

LOLA: Y verás el mundo de otra forma...

DARÍO: Por eso me voy.

LOLA: A mí el psiquiatra me sienta que ni te cuento...

ENRI: ¡Solo hay que verla! (Pausa. ENRIQUETA lanza una risita antes de salir.)

LOLA: Repito: no sé cómo la soportas...

DARÍO: Hace bien su trabajo.

LOLA: Lo mejor que hace es cargarse la cristalería. Que venda cupones, coño. Sabes que no está para trabajar en una casa... No lo estaba ya hace veinte años, pues no te digo ahora...

DARÍO: Exagerada.

LOLA: (*A GUZMÁN.*) No me dejó ni una copa sana. Y si no cuando planchaba o guardaba la ropa. Los calzoncillos de este terminaban siendo paños de cocina...

ENRI: (*Desde la cocina.*) ¡O servilletas!

LOLA: ¿Te acuerdas el día que encontramos unas bragas mías en el frigorífico...?

ENRI: (*Saliendo de la cocina.*) ¡Las puse para ver si se enfriaban un poco...!

LOLA: ¿Has dicho ver? Ja. (*ENRI cruza el salón y sale por el lado contrario.*) ¡Tu jefe se va a Pupúa, pero tú te vas a la calle ipso facto!

ENRI: (*Desde dentro.*) ¿A qué calle?

DARÍO: Puede que no se vea muy bien, pero...

LOLA: Y tú, ¿te ves bien? o es que te ha contagiado sus dioptrías...

DARÍO: ¿Qué hora es, Guzmán?

GUZMÁN: Las cuatro.

DARÍO: Mi última tarde en este mundo...

GUZMÁN: (*Deja de leer, alarmado.*) ¿Qué dices?

(*GUZMÁN lo mira preocupado. DARÍO toma aire y realiza estiramientos.*)

LOLA: (*Sacando el móvil del bolso.*) Voy a llamar al doctor Esquerdo. (*Pulsa.*)

DARÍO: Como si quieres llamar a tu abuela...

ENRI: (*Desde dentro*) ¡Olé tus cojones, jefe!

DARÍO: Escocidos.

GUZMÁN: Eso es por el taparrabos ese indecente.

DARÍO: Me aprieta un huevo. Ya me acostumbraré.

¿Sabes? Hay otros mundos en este mundo.

LOLA: ¡Madre mía...!

(Al móvil.) ¿El doctor Esquerdo, por favor...? (...) Como si te hubieran abducido... ¿Sí....?(...)...bien... espero...

GUZMÁN: Otros mundos que se alimentan de gusanos...

DARÍO: ¡Habéis comido algunos de los platos más exquisitos de la comida mexicana, comprados, por encargo, en el club del gourmet y cocinados por Santa Lucía Enriqueta!

LOLA: Eso, tú canonízala...

DARÍO: Me ha costado dios y ayuda encontrarlos.

ENRI: *(Desde la cocina.)* ¡Y una pasta, jefe, una pasta!

DARÍO: No he encontrado nada que se pareciera más a algunos de los platos que voy a comer en Kiriwina.

LOLA: No creo que allí haya ni platos...

(Al móvil.) ¿Sí...?... mmm... ya, vaya... sí, sí, por favor, que me llame (...) Es urgente. Muy urgente. *(Cuelga, o sea: desliza su dedo sobre el visor como si pasara una página.)*

DARÍO: Donde yo voy, en ese otro mundo, no hay colesterol, la alimentación es más equilibrada y natural, bueno, ni punto de comparación. No hay gordos, ¡y no se pasan todo el día comiendo gusanos! solo cuando están en sing

sing, por ejemplo. (*Vuelve ENRI con una pequeña mochila, que deja sobre la mesa grande, y saca de ella los diferentes objetos que lleva en su interior, como haciendo inventario, siguiendo la lista de la compra que pega literalmente a sus gafas. Después volverá a introducirlos, con mucho cuidado. Entre los objetos, asoman varios libros.*)

GUZMÁN: O sea, allí también hay cárceles...

DARÍO: Sing sing es como llaman a su fiesta grande, que montan con motivo de una buena cosecha de ñame –un tubérculo parecido a la patata, como la yuca que habéis probado– o de aiwika –como las espinacas–. Ese día (*sonríe con cierto ingenuo entusiasmo*) ¡tiran la casa por la ventana...!

GUZMÁN: Al menos tienen casas...

DARÍO: Cabañas de bambú que llaman bwaymas. Una fiesta por todo lo alto. Y se arma la de Dios, en el que no creen por cierto... Y eso que los misioneros lo intentaron, pero con ellos no ha habido forma, tú. ¡Imaginaos qué lugar: no hay ni Dios ni bancos ni ni ni internet!

GUZMÁN: ¡Resulta difícil de imaginar, es verdad! Un momento. Pero tú eres creyente.

DARÍO: Era.

GUZMÁN: Y de derechas.

DARÍO: Era.

GUZMÁN: Entonces ahora qué eres...

LOLA: Idiota.

El doctor Esquerdo está jugando al paddle, me ha dicho su secretaria que me llamará personalmente nada más terminar. Que hoy le es imposible recibirte. Por lo menos que hable contigo unos minutos, aunque sea por teléfono... *(Se enciende un pitillo.)*

A lo mejor él puede hacer algo más que nosotros.

DARÍO: No sé qué va a hacer...

LOLA: Un milagro, por ejemplo.

DARÍO: ¿Desde cuándo te preocupas por mí...?

GUZMÁN: Coño, Darío, somos tus amigos...

DARÍO: Tú eres mi amigo...

GUZMÁN: ¡Tu mejor amigo...!

DARÍO: ¡Pues vente conmigo! ¡Me sobra un billete, se cambia de nombre y punto!

(Pausa.)

GUZMÁN: ¡Estás como un cencerro, nano! ¡Te aprecio, vale, pero no estás bien, no estás bien, siento decírtelo pero te estás pasando un huevo! ¡Te recuerdo que el papel de tarambana siempre me ha tocado a mí! Tú ponías la aburrida cordura y yo la pizca de locura. ¿Ya no te acuerdas?

DARÍO: Mayor razón para que te vengas...

LOLA: Y yo también soy tu amiga, no confundas las cosas. ¡Que nos hemos estado acostando juntos durante trece años seguidos, qué horror, y he tenido que soportar tus ronquidos, tus pedos y el gatillazo nuestro de cada

mes...! ¡por favor, Darío...! ¿hay algo que una más que un gatillazo...?

DARÍO: Yo también os quiero y por eso os aseguro que no tenéis ningún motivo para preocuparos. ¿Estáis satisfechos con la vida que lleváis?

LOLA: Psí. Más o menos.

GUZMÁN: Más o menos.

ENRI: Servidora bastante menos que más. Mira a ver, jefe, creo que no falta nada. (*Vuelve a la cocina.*)

DARÍO: Gracias, Enri. La vida es muy corta. (*Repasa el contenido de la mochila.*)

GUZMÁN: ¿Eso es todo lo que te llevas?

DARÍO: No me hace falta nada más. Un par de libros, el repelente para los insectos –para los primeros días, después parece ser que te acostumbras–.

LOLA: O la diñas...

DARÍO: ...el tabaco...

LOLA: Pero si tú no fumas...

DARÍO: Es para los nativos. La Kula. Que te lo explique Enri.

ENRI: (*Desde la cocina.*) Tú les das tabaco y ellos te dan un huevo. No me pregunte si el derecho o el izquierdo...

LOLA: Todos hemos pasado por la crisis de los cuarenta y a nadie se le ha ocurrido cambiar de color, salvo a Michael Jackson y así le fue al pobre.... (*ENRI está fregando. Aca-*

ba de romper una copa.) ¡Al menos algunas cosas siguen igual!

DARÍO: Yo no voy a cambiar de color. Simplemente me largo.

LOLA: Doctor Esquerdo, te necesitamos...

GUZMÁN: Creo que ya voy comprendiendo algo. Como si dijéramos, te exilias...

DARÍO: No me exilio, busco otro tipo de locura...

LOLA: Como un desahuciado de esos que se tira por la ventana porque no puede pagar la hipoteca. ¡Pero tú ya no tienes hipoteca, querido, vamos, creo yo!

DARÍO: No te enteras, Lola. Hay muchos tipos de hipotecas.

LOLA: Esto es más grave de lo que creía...

GUZMÁN: Oye, que este mundo en el que vivimos tampoco todo es malo,

LOLA: Y todos los paraísos tienen sus mosquitos.

DARÍO: Para eso están las mosquiteras.

(ENRI vuelve de la cocina.)

ENRI: ¡Ahí les has dado! ¡Mosquiteras! ¡Qué bueno es tener estudios!

LOLA: Y qué verdad es que lo que no hagas cuando eres joven lo harás de mayor, y entonces es cuando haces el ridículo.

DARÍO: ¿Pensáis que estoy haciendo el ridículo?

LOLA: Mírate al espejo.

GUZMÁN: La verdad, nano: un poco.

ENRI: No sé quién hace aquí más el ridículo.

LOLA: Lo que pienso es que a los veinte años eras el calzonazos más burgués y gris con el que una podía tropezarse...

DARÍO: Por eso nos casamos...

ENRI: Hay matrimonios que terminan bien y otros que duran toda la vida.

LOLA: ... y que ahora vas y te has hecho de los... verdes... ¡a buenas horas!

DARÍO: No me he hecho... de nadie.

GUZMÁN: ¡Si no lo veo no lo creo! ¡Con lo facha que eras! No, tío, acéptalo al menos, te has vuelto un rojo de mierda, pero un rojo rojo rojo de la hostia. No, mucho más, ya sé... ¡Un indignado! Tío ¿por qué no acampas en la Plaza Mayor y te quedas tan a gusto?

DARÍO: Los rojos, los ecologistas y los indignados siguen aquí, no se van.

GUZMÁN: Tú lo has dicho. Pelean por cambiar lo que no les gusta.

DARÍO: Que cada cual haga lo que le dé la gana. Pero hay otros mundos más allá de nuestras narices. Y uno de ellos está aquí. (*Le muestra la revista.*) En este rincón del Pacífico –fíjate el nombre: «pacífico»– allí el océano sí que es un mar de paz de verdad. (*Sonríe.*) ¿Sabes cómo llaman a las Islas Trobriand?

GUZMÁN: Las islas del amor...

LOLA: Serás petardo...

GUZMÁN: Lo acabo de leer en el libro ese.

DARÍO: No hay televisión, viven de la pesca...

GUZMÁN: Y hay unas tormentas tropicales de ensueño.

LOLA: ¡Y unas culebras monísimas!

DARÍO: Uno no es importante por lo que tiene, dicen los nativos, sino por ¡lo que puede compartir...!

GUZMÁN: La malaria...

DARÍO: Tienen remedios naturales. También dicen que cuando uno muere, ¿no?, es porque su espíritu ha encontrado algo mejor: la isla de Tuma. Y repito: ¡No hay curas ni hipotecas, ni primas de riesgo, ni gasóleo Brent, ni ibex 35, ni I-pods i-phones, ni ni ni ¡su puta madre!!!!!!!!!!!!

LOLA: (*A GUZMÁN.*) ¿No habrá sido abducido por algún extraterrestre...? Si en vez de negro fuera de verde yo diría que es uno de ellos.

GUZMÁN: (*Absorto.*) Alonso Quijano...

DARÍO: Qué...

GUZMÁN: El Quijote se volvió tarumba leyendo novelas de caballerías y tú has perdido un tornillo con tanto National Geographic.

DARÍO: Guzmán.

GUZMÁN: Qué.

DARÍO: Solo quiero intentarlo. Y no es porque un buen día tropiezas con un par de artículos y cuatro o cinco libros que te abren los ojos.

LOLA: Mejor di: te abren la cabeza.

DARÍO: Es algo más...

LOLA: Qué más.

DARÍO: No sé. Algo más. Aquí dentro.

LOLA: Hablas como si te hubiera comido el coco una secta.

DARÍO: Pues no hay secta.

LOLA: Trastorno bipolar. Como el Jekil ese y el Jai.

DARÍO: Os aseguro que se trata de una decisión muy personal.

GUZMÁN: ¿Y si cuando llegues ahí te das cuenta de que lo que pasa es que no tenemos remedio, ya sea en Nueva Guinea o Torrelodones?

DARÍO: Entonces habrá merecido la pena haberme arriesgado por una vez en mi vida. Llevo un par de semanas preparándome, estudiando la estrategia:

(Como el muchacho que cuenta una gamberrada...) El lunes dejé de ir a trabajar, combino la comida basura recalentada con la alimentación natural que me voy a encontrar allí; veo muchos vídeos sobre Corrupmán y nuestros héroes más votados y y y telediarios, muchos telediarios, horribles telediarios, por si me entra de repente la tentación de quedarme, oigo oigo oigo también

música hortera, ah, y me trago toda la telebasura que mis nervios pueden resistir...

GUZMÁN: Con esa sobredosis de mierda no me extraña que te quieras largar.

LOLA: Pero estás diciendo tonterías. Como esto no te gusta, te tomas ración doble. Eso solo se le puede ocurrir a un imbécil de remate, y perdona, pero me sacas de quicio.

DARÍO: Qué va. He descubierto que me encanta que me insulten, ¿verdad Enriqueta...?

ENRI: Yo le insulto bastante bien, ¿verdad, gilipollas?

DARÍO: Vas mejorando.

LOLA: A quien se lo cuente...

DARÍO: Sienta fenomenal. ¿Quieres probar?

LOLA: No, déjalo, me hago una idea.

ENRI: Me apunto para insultar a Lola.

LOLA: Gracias, pero por ahí sí que no paso.

DARÍO: Me refiero a que tú seas quien me insultes y me llames lo que te apetezca. Los nativos le llaman Sushú, los sociólogos le llaman cacoterapia verbal.

LOLA: No me extraña, apesta.

DARÍO: Qué va. Es muy divertida y liberadora, sobre todo para quien es insultado. ¿Quieres probar tú, Guzmán?

GUZMÁN: ¿Yo?

DARÍO: Venga, por favor, igual así empezáis a entenderme.

LOLA: A ti no hay quien te entienda.

GUZMÁN: Vale, pero yo insulto, siempre he preferido dar a que me den, ya sabes...

DARÍO: En este caso te pierdes lo mejor, pero adelante...

GUZMÁN: ¿Y a quién insulto?

LOLA: A mí no me mires.

DARÍO: Pues a quién va a ser. Si eres tan amable y me insultas, pues yo te lo agradezco, para mí es como un regalo, ya verás...

GUZMÁN: Allá va. *(Sin levantarse.)* ¡Maricón!

DARÍO: No, no es eso. Esto tiene su técnica.

ENRI: Se lo explico yo, jefe: verás, tienes que levantarte y ponerte cara a cara, a medio metro más o menos, lo miras a los ojos y le dices, pero con toda la mala baba que te salga de las entrañas, le dices, por ejemplo, así... *(Parece que se lo vaya a decir a DARÍO, pero por sorpresa le dirige el insulto huracanado a LOLA.)*

¡Hijaputaaaaa!

LOLA: *(Se levanta indignada.)* ¡Oye, tú, no sé lo que te has creído...! *(ENRI se refugia tras la espalda de DARÍO.)*

ENRI: Solo intentaba explicarle...

LOLA: ¡Pues insultas a tu padre! ¡Rompetechos de mierda!

(ENRI sale de su escondite. Se han colocado frente a frente, como en un duelo del far west, y se acercan impulsadas por cada insulto.)

ENRI: ¡Golfa celulítica!

LOLA: ¡Menopáusica!

ENRI: Viciosa...

LOLA: ¡Gorda sebosa apestosa!

ENRI: ¡Barbi silicona!

LOLA: ... *(A pocos centímetros de su rival, buscando un nuevo insulto...)*

DARÍO: A que sienta bien...

LOLA: *(Sin quitarle la vista a ENRI.)* Calla, que me desconcentras... ¡Mierdafrita, anormal, zurullo con gafas!

ENRI: *(Descubriendo y arrancándole una extensión del pelo...)* ¡Calva!

(Esto último ha herido en lo más hondo a LOLA que, tras recuperar su mechón, se ha quedado boquiabierta de la humillación y reacciona soltando el brazo para abofetear a ENRI, si no fuera porque se pone en medio DARÍO, que es quien recibe una sonora bofetada...)

LOLA: Eso te pasa por gilipollas ¡y cornudo!

(Esto último lo ha dicho a voz en grito.)

Un segundo después, otro huevo explota sobre el cristal de la ventana.)

¡Coño! ¿Qué ha sido eso?

ENRI: Los huevos del vecino. Tranquila, tiene más.

(Silencio tenso. GUZMÁN mira con cierta reprobación a LOLA, quien es consciente de que ha metido la pata. ENRI sonríe. Tras

unos segundos, todavía con la mejilla encendida, DARÍO emite un suspiro de alivio.)

DARÍO: Gracias, Lola... Joder, qué bien me ha sentado, insultas cojonudamente, deberías practicar más. ¿Qué? ¿Y tú, cómo te encuentras?

LOLA: Con ganas de estrangular a alguien. *(Mirando a ENRI, quien decide salir corriendo hacia la cocina, por si acaso.)*

ENRI: Pues yo me he quedado «divinamente».

GUZMÁN: ¿Cómo dices que se llama esto?

DARÍO: Cacoterapia. Algunas tribus la practican durante horas, claro que para ellos solo es un juego...

LOLA: Pues vaya jueguecito.

GUZMÁN: Es como una de esas tertulias de políticos en la radio, pero a lo bestia.

DARÍO: Los insultos que hacen daño no se gritan.

GUZMÁN: Puede, pero te quedas como dios.

DARÍO: De eso se trata... *(A LOLA, que se ha sentado para reponerse del «juego».)* ¿Qué, mejor?

LOLA: Creo que si sigo con tus tonterías, quien se va a largar voy a ser yo, pero directa al psiquiátrico... ¡Esto es una casa de locos, Darío, hazme caso, tú no estás bien!

DARÍO: Lo estoy. ¿Me notas alterado?

LOLA: Tú no, pero alteras a los demás...

DARÍO: Entonces, ¿te apetece bailar conmigo para tranquilizarte?

LOLA: ¿Bailar tú, que había que emborracharte para sacarte a la pista?

DARÍO: Estoy aprendiendo... Mira:

(Aprieta el botón del mando del cedé y empiezan a sonar unos tambores. DARÍO cierra los ojos y, envuelto por el ritmo, baila el mweki mweki de antes. Además de divertida, en efecto, se trata de una danza de lo más sensual. ENRI acude desde la cocina, limpia el cristal de la ventana con lo primero que encuentra y se suma a la danza copiando alguno de sus movimientos. GUZMÁN se queda helado. LOLA también, al principio, después vuelve a insistir con el móvil y a llamar al doctor Esquerdo. DARÍO canta y salta, ENRI ahora le hace el coro con convicción.)

¡Abulebé, abulebé, insha abulebé!

(Manteniendo ligeramente el movimiento.)

Déjate llevar, nano, es acojonante!

GUZMÁN: *(Se levanta e intenta seguir sus movimientos, especialmente los pélvicos.)*

Entonces... ¡te vas! abanibí abanibé ¡te vas...!

DARÍO: Pues claro, ¡insa abulebéeeee! ¡Arriba!

GUZMÁN: *(Cada vez más a gusto. Hablan mientras bailan. ENRI golpea la mesa como si fuera un tambor.)* ¡Te juro que no termino de creérmelo!

DARÍO: No te entiendo.

GUZMÁN: Creía que, en el fondo, todo esto era una broma. La primera broma de tu vida, te lo juro.

DARÍO: No, Guzmán. A vosotros, que os quedáis, sí que os están gastando una broma.

GUZMÁN: Te voy a echar de menos.

DARÍO: Ya te consolaré Lola... *(Pausa. A Guzmán le ha pillado por sorpresa el comentario.)*

Como ha hecho siempre... *(Le guiña el ojo y sonrío antes de cantar con entusiasmo.)*

¡Abulebé, abulebé, inshaaaaa abulebé!

ENRI le hace el coro, GUZMÁN, incómodo, decide sumarse al cántico también. DARÍO, sin dejar de moverse, salta casi como un canguro. A ENRI se le ve feliz, brincando como una niña, se quita las gafas, salta por encima de una silla, no mide las distancias y se pega un batacazo de tres pares de narices. Se levanta sin perder el ritmo, sonrío y decide continuar el mweki mweki con las gafas puestas.

LOLA, mientras tanto, sin quitarle el ojo a la fiesta saltarina, le grita a su inseparable móvil. El ruido le obliga a levantar la voz.

LOLA: ¿Cómo? (...) ¡Es que no te oigo! (...) ¡Por lo que veo es contagioso! (...) ¡Sí, claro que llevo alguno en el bolso! (...) ¡Por favor, llama en media hora, no, mejor en una, se me acaba de ocurrir una idea!

LOLA se levanta, observa el espectáculo que se ha montado, aunque no se suma a él, por muchas insinuaciones que le hacen.

Está buscando algo sin saber bien qué. Sobre el aparador hay un gran jarrón. Podría ser de porcelana.

EL VECINO DE ENFRENTA estrelló el enésimo huevo contra la ventana. Los danzantes giran la cabeza ante el impacto, pero no le hacen caso y van a reanudar la fiesta en el mismo momento en que LOLA aprovecha para coger el jarrón y, sin pensárselo dos veces, lo estampa por detrás contra la cabeza de DARÍO, que se desploma ante la mirada incrédula de GUZMÁN y ENRI. Y de golpe, en todos los sentidos, se corta la música, todos se callan y se hace oscuro.

y CUATRO

Échale la culpa a Malinowski

Han pasado ya unas horas durante los pocos segundos que ha durado el entreacto. Todavía en oscuro, oímos la voz de GUZMÁN, que dice, entre cantarina y perpleja...

GUZMÁN: ¡Abulebé, Lola, descalbré abulebé...!

(Se vuelve a iluminar el escenario. Se han limpiado ya los restos de los últimos impactos —jarrón y huevo—. LOLA está fumando, desquiciada, sentada en el centro del sofá. GUZMÁN, de pie, a pocos metros de ella, vuelve a ojear una revista del NATIO-NAL y parece que le gusta. LOLA no le quita la vista a la puerta que cierra el cuarto de baño. GUZMÁN sonrío de vez en cuando, como para desdramatizar.)

LOLA: No me hace ninguna gracia. A tu mejor amigo se le ha ido la cabeza y tú te lo tomas a cachondeo.

GUZMÁN: A él se le ha ido la cabeza, pero tú casi se la arrancas.

LOLA: Nadie se va al otro mundo por un jarronazo de nada.

GUZMÁN: Si se te va la mano sí que lo vuelves tonto del todo. Además, eso es lo que quiere Darío, irse a otro mundo, pero no donde tú lo mandabas.

(Pausa.)

LOLA: ¿Quieres dejar eso?

GUZMÁN: Las indígenas van en pelotas. Mira qué cuerpos...

LOLA: ¡Tendrás motivos para quejarte...! A ver si de verdad va a ser contagiosa la cosa.

(Le quita la revista y la arroja lejos.)

¿Le sigue saliendo sangre?

GUZMÁN: Yo ya le he puesto debajo de la ducha para que se le fuera todo el pringue. De cortarle la hemorragia se encargaba tu amiguita del alma...

LOLA: No me fío de esa bruja...

(Sale en ese momento ENRI, pone cara de bruja y le da un buen susto. Se dirige hacia la cocina.)

¿Cómo está?

ENRI: En pelota picá.

LOLA: ¿Y de la cabeza?

ENRI: De eso está peor.

LOLA: Ve a vestirlo, Guzmán. Comprende que no es cuestión de que vaya yo o que le vista esta viciosa.

ENRI: Lo hubiera hecho, pero no tiene ni una camisa.

LOLA: ¿Cómo?

ENRI: Pues que lleva días vaciando sus armarios y ha regalado toda su ropa a Cáritas, así que...

LOLA: Así que no se atreverá a salir enseñando sus vergüenzas....

ENRI: Pues la verdad es que tiene unas vergüenzas que no están nada mal...

LOLA: Lo que faltaba por oírle a la guarra esta...

ENRI: Voy a ver si encuentro algo para tapárselas... aunque por mí lo dejaba en cueros.

(Sale.)

LOLA: Es que no la aguanto no la aguanto no la aguanto.

GUZMÁN: Creo que el sentimiento es mutuo

ENRI: *(Desde dentro)*. ¡Qué va, con lo que yo la quiero yo la quiero yo la quiero...!

LOLA: Por lo menos Darío está fuera de juego, así que tendrá que aplazar su escapada al fin del mundo y ahora que ha vuelto a ser blanco a lo mejor conseguimos que recapacite y reciba el tratamiento que necesita... Mañana puede visitarlo aquí el doctor Esquerdo y ya veremos después... O... o... o podemos llevarlo a Urgencias para que...

GUZMÁN: Tampoco hay que dramatizar...

LOLA: ¿Te parece poco drama que alguien cumpla veinte años menos en una semana?

GUZMÁN: Se le ve feliz, que es lo importante.

LOLA: ¡Lo importante...! ¡Hombres...! ¡Siempre tan inmaduros! *(Lo imita.)* ¡Mira qué cueros!

Mira tú, estoy para que me dé algo... *(Se le ve afectada, a punto de llorar. De pronto hay un cambio de actitud entre*

los dos. GUZMÁN se acerca a ella, vigila que no entre nadie, la abraza con cariño, le da pequeños besos en la boca y en la nuca...)

Como nos pille Cuatroojos o...

(Se besan.)

GUZMÁN: Vaya con mi Lolita, no sabía que le importara tanto Darío...

LOLA: No es eso.

GUZMÁN: Nunca lo he visto con esa energía, bueno, ni con esa ni con ninguna...

LOLA: Darío tiene menos energía que un caracol con anestesia.

GUZMÁN: No le he visto nunca levantar la voz a nadie, nunca ha hecho nada que hiciera ruido...

LOLA: Tú no has sufrido sus ronquidos como yo... *(Disimulan al sentir la presencia de ENRI, que cruza el escenario hacia la habitación de DARÍO con algunas prendas de vestir entre las manos, que no llegamos a reconocer.)*

ENRI: Lolita no ronca, rebuzna...

LOLA: Menos mal que te voy a perder de vista.

ENRI: Lo único bueno que tiene estar cegata es que una vez lo que le interesa, hija, y como no me interesa usted para nada, ¿sabes lo que le digo, hija?: que ni le veo ni nada, mire por donde.

GUZMÁN: Dejadlo, ya, anda... ¿Has encontrado algo que ponerle...?

ENRI: No es su talla, pero habrá que probar... *(Sale.)*

GUZMÁN: Cómo puede cambiar tanto alguien de un día para otro.

LOLA: A la vejez viruelas... Para mí repito que se ha dado un golpe en la cabeza. Antes de que yo se lo diera, quiero decir... ¡Oye, a lo mejor con éste último todo vuelve a ser como antes! Vi una película en la que el protagonista perdía la memoria en un accidente y después un día, zas, se cae por las escaleras y recobra la memoria...

GUZMÁN: Y cómo termina.

LOLA: En silla de ruedas. *(Pausa.)* Pero sano del todo.

GUZMÁN: Entonces mejor que se quede como está. Tranquila, cielo. *(Vigila. La vuelve a abrazar. Sale ENRI y los pilla muy acaramelados. Guzmán se levanta.)*

GUZMÁN: ¿Qué tal?

ENRI: Mejora. Solo le duele aquí... *(Se toca las sienes. Vuelve a la cocina.)*

GUZMÁN: ¿Lo ves? Está bien. No te preocupes, chati.

LOLA: Me preocupo, claro que me preocupo. Por qué si no le iba a atizar yo en la cabeza con un jarrón de marca, que debía de ser muy caro, por cierto. Darío no razona. Me preocupo porque, a pesar de que hace mucho tiempo que lo dejé de querer querer querer; lo que se dice querer, todavía lo quiero un poquito, sí, eso es inevitable.

Llámale cariño si quieres. Y me preocupo, todo hay que decirlo, porque se va a arruinar, va a perder el trabajo, y mi hijo todavía lo necesita. Y necesita su apoyo. De todo tipo. Sobre todo el económico, qué leches. Con lo mal que está todo ahora, no podía haber elegido peor momento. Imagina que se larga de verdad...

GUZMÁN: No dura ni un mes...

LOLA: Vale, vuelve al mes. Sin trabajo, sin casa, en taparrabos, capaz de haber pillado hasta hasta hasta ¡la peste equina...! ¿y qué hacemos con él? ¿Algún dinero le tendrá que pasar a Dani, digo yo...! ¿O será Dani y su ex, es decir, yo, quienes le tengamos que pasar a él una pensión...?

GUZMÁN: O sea, que es eso...

LOLA: Qué.

GUZMÁN: El dinero.

LOLA: Pues claro que no es solo eso, pero hay momentos en los que una tiene que ser, por encima de todo, práctica.

(Vuelve ENRI con una escoba. Se planta delante de LOLA.)

¿Qué pasa, vas a barrer o a salir volando?

(ENRI se pone a barrer algunos pedacitos de jarrón que todavía quedan esparcidos por el suelo, de vez en cuando barre los pies de LOLA.)

ENRI: Que conste que si no he llamado a la policía ha sido por Darío...

GUZMÁN: Entonces... ¿Se encuentra bien?

(Entra DARÍO. Ha vuelto a ser blanco. Apenas le quedan restos del maquillaje. Lleva puesto un chándal de mujer, amarillo chillón, muy hortera, tres tallas menor del que necesita, y unas zapatillas rosas de deporte. Sobre la frente luce un aparatoso vendaje. Anda muy despacio, no se sabe bien si a consecuencia del golpe, por el calzado, que le aprieta, o por las dos cosas.)

DARÍO: Solo necesito una cosa.

LOLA: Renovar tu vestuario.

DARÍO: Una aspirina, por favor.

GUZMÁN: Dios mío, de negro a *Drag Queen*... joder, Darío, vas de mal en peor...

DARÍO: ¿No os gusta mi nuevo *look*?

LOLA: ¿Se puede saber de dónde has sacado esa horterada..?

ENRI: Es mío. ¿Qué pasa? Además, ahora se lleva marcar paquete... Y que conste que esta menda tendrá que irse a casa en bata.

(ENRI termina de recoger los restos del jarrón.)

LOLA: Sales ganando, hija. No te preocupes, Dari, ahora vamos Guzmán y yo y te compramos algo decente, descansas un poco y mañana... a empezar, que ya tendrás tiempo de comprarte ropa... ahora que te quedas. *(DARÍO se sienta, dolorido.)* Lo siento, Dari, de veras. No quería hacerte daño... *(Se levanta, va hacia él.)* Solo pretendía que sentaras la cabeza. *(Se la toca. DARÍO lanza un pequeño gemido de dolor.)* ¿Has dicho una aspirina? *(DARÍO asiente.)* Ya te la traigo yo. *(Se levanta.)* ¡Como en las

películas la chica se lo estampa al chico, nunca pasa nada y todo se arregla, pues...! (*Va hacia la cocina.*)

DARÍO: En las películas los jarrones son de mentira. Y las chicas y los chicos también.

LOLA: (*Desde dentro.*) Perdona, lo hice con la mejor intención.

DARÍO: ¿Qué hora es? Llevo una semana sin relojes.

GUZMÁN: Qué más da la hora que sea... Demasiado tarde.

DARÍO: ¿Sabes que en Kiriwina no tienen noción del paso del tiempo? Allí no saben nunca la edad que tienen, ni les importa... Uno es niño, joven, adulto o viejo cuando el cuerpo le dice que lo es. ¡Y así no tienen que celebrar los cumpleaños!

GUZMÁN: Muy interesante.

DARÍO: Siempre os tenéis que salir con la vuestra.

GUZMÁN: Nano, entiende que no podíamos dejarte ir.

LOLA: (*Desde dentro.*) Te queremos. Bueno, ya me entiendes.

ENRI: Hay amores que descalabran.

DARÍO: ¡Mi cabeza! Parece como si me fueran a salir dos...
(*Se toca la sien con las dos manos...*)

ENRI recuerda algo de repente, hurga en el bolsillo de su delantal. Saca un pequeño frasco, lo abre y le da un par de cápsulas a DARÍO, éste se las traga directamente, GUZMÁN le acerca un

vaso de agua. Llega entonces LOLA con las aspirinas en una mano y el vaso de agua en la otra...)

Ya está, Lola. Gracias. Enri llevaba encima...

(Lee el nombre del frasco.)

¡Menalgina!

(ENRI se sorprende. Acerca el frasco hasta casi chocar con sus gafas.)

ENRI: ¡Coño, mis pastillas para la menopausia...! Por los sofocos y todo eso... Lo siento, jefe, creí que eran aspirinas.

LOLA: Igual te cura la pitopausia esa que arrastras... Anda, toma.

(Le mete dos aspirinas en la boca. Bebe. Luego le mete otra.)

Donde caben dos caben tres. No te preocupes, hazme caso. Dos aspirinas y un protector para el estómago, que siempre viene bien. En unos minutos verás lo divino que vas a estar...

GUZMÁN: Vaya chute.

DARÍO: *(Traga.)* Lo que sea con tal de que se me vaya este horrible dolor de cabeza. Y de pies.

ENRI: Lo siento, Jefe, siempre tuve el pie muy pequeño.

LOLA: Como el cerebro.

DARÍO: No importa, Enri, gracias.

LOLA: Además, ahora sí que puedes ir descalzo... *(Le quita las zapatillas.)*... que Pupúa esa no se va a mover de sitio, ¿no?

DARÍO: ¿Y?

LOLA: Pues eso, que, ahora que has entrado a la fuerza en razón, tienes todo el tiempo para pensar.

DARÍO: ¿Pensar?

LOLA: Que que qué más da irte mañana que dentro de un año... de vacaciones, por ejemplo.

DARÍO: Eso es lo que piensas.

LOLA: Si quieres que te diga lo que pienso de verdad, pienso que... no tendrías ni que pensártelo.

DARÍO: Eso mismo pienso yo. Ya lo había pensado bastante y pensaba que había llegado el momento de pensar menos y mover el culo... *(Sonríe.)*

GUZMÁN: ¡Ese culito que nos vuelve loco!

DARÍO: Uno se pasa la vida pensando como como como otros quieren que pienses. Así que... *(A LOLA)*... te lo ruego, a partir de ahora no pienses más por mí y ¡aleja los jarrones de mi cabeza...!

(Suena el móvil de LOLA, por fin.)

LOLA: ¿Doctor? Sí, sí... (...) ...bueno, ahora ya, bueno sí... (...) sí, antes es que ... (...)...no, no estaba en el cine, es que se había montado una buena película... Rafa, escúchame un momento: bueno, parece que se ha arreglado todo... de golpe, gracias a Dios, pero no me fío... así que, hazme el favor, creo que sigue necesitándote. Habla con él y que te cuente. Te paso con mi ex... Para asegurarnos de que no vuelve a las andadas...

(DARÍO se aleja cuanto puede.)

¡Mowgli, es Rafa!

(DARÍO se niega a tomar el aparato...)

DARÍO: No necesito a tu psiquiatra.

LOLA: Por favor, Darío, hazme caso, sí que lo necesitas.

Quién sabe si dentro de un mes te vuelve a dar por...

DARÍO: No tengo nada que hablar con ese tipo...

LOLA: O sea, tienes miedo a escuchar lo que no quieres...

DARÍO: Sí.

LOLA: Por favor, si algo he representado en tu vida...

ENRI: Una pesadilla...

LOLA: ¿Por qué no vuelas un poquito? Hay pesadillas que se recuerdan con agrado. Mira lo que te digo, Dari, si algo he sido para ti... ponte al teléfono...

(Pausa.)

GUZMÁN: Siempre has dicho que escuchar es aprender...

DARÍO: ¿Y prometes que me dejarás tranquilo?

LOLA: Prometido. Pero prométeme tú que le harás caso en lo que te diga y te olvidarás de tanta tontería.

DARÍO: Trae. *(Con el móvil.)* ¿Sí? Buenas tardes (...) Ajá (...) Bien, le cuento ¿Conoce usted...?(...) Ah, perdón, ¿conoces a... Malinowski? (...) ¿un colega suyo? No... otro... La culpa la tiene él, doctor... verás... hace... *(Sale del salón pegado al móvil, se obvia que le está contando entre cajas su peripecia, vuelve a los pocos segundos. Ahora*

es él quien escucha y asiente ante los presumibles consejos del psiquiatra. LOLA, GUZMÁN y ENRI siguen la trayectoria del paciente, sus entradas y salidas.)

De acuerdo, lo entiendo, perdón, te entiendo (...) claro, sí (...) claro que me apetece (...) puede ser una buena idea, aunque (...) sí (...) sí (...) ajá (...) ya (...)

(Parece como si los tres quisieran meterse en el monólogo y se pegan detrás de él, andan y se paran cuando DARÍO se para, convirtiéndose en su sombra.)

Sí (...) ¿Sí? (...) no, no (...) lo entiendo, perdón, te entiendo (...) si hace varios días que lo vengo practicando, pero no (...) ¿Cómo? Ya (...) Estoy hablando por el móvil de Lola (...) el que me quedaba esta mañana ya lo... (...) Sí (...) Y también el inalámbrico lo... Así... *(Golpea con los pies y canta:)* ¡Muuala sharanba... abulebé! (...) Bien, si usted lo dice (...), perdón, si tú lo dices (...) De acuerdo, está bien (...) te hago caso...

(Mira a LOLA y sonríe, esta hace una uve de victoria, ENRI, a su lado, hace la U de cuernos.)

Muy bien, y gracias por sus consejos, digo, por tus consejos (...) ¿cuándo? No sé si podré ir pero (...) de acuerdo (...) adiós adiós adiós.

(Pausa. Cierra los ojos y suspira.)

LOLA: ¿Qué?

GUZMÁN: ¿Mejor?

DARÍO: Mucho mejor.

LOLA: ¿Es bueno, verdad?

DARÍO: Muy bueno.

GUZMÁN: Y no es argentino. Que tiene más mérito para ser un psiquiatra...

LOLA: Entonces...

DARÍO: Voy a hacerle caso...

LOLA: Estupendo.

DARÍO se acerca a la ventana con el móvil en la mano. La abre. Respira profundamente y lo arroja con fuerza al tiempo que da un nuevo grito liberador.

El vecino de enfrente responde con un ¡Cagoen!, DARÍO cierra la ventana justo antes de que EL VECINO reaccione lanzando un nuevo huevo que impacta en el cristal.

ENRI: ¡Madre mía, qué puntería, monstruo, otra vez lo has colado por la ventana de Hulk...!

DARÍO: ¡Qué a gusto se queda uno! Parece ser que es un nuevo deporte, el «smartfoning». Qué curioso: y yo lo practicaba sin saber que existía. (GUZMÁN, por lo que pudiera pasar, aleja su i-pod escondiéndolo bajo un cojín.)

Lo siento, Lola, ya le dije al doctor que era tuyo, pero como él insistió...

LOLA: Insistió en qué...

DARÍO: Pues en eso, en que lo practicara y además hiciera lo que me apeteciera en ese momento... Le he dicho que

esta mañana había machacado el inalámbrico, y que me había quedado más bien que nada, lo aplasté, así...

abulebéeeee... pero me ha dicho que el «smartfoning» daba mejor resultado si lo arrojaba por la ventana al mismo tiempo que pegaba un grito, como había hecho ya con mi móvil, que repitiera...

LOLA: Para qué...

DARÍO: Para eliminar bloqueos. Lo ha llamado... violencia inductista o algo parecido. Dice que es como arrojar la ira que lleva uno fuera de casa; que, si no, corría el peligro de que se quedara sentada en el sofá. O algo parecido he entendido. La respuesta solo la tengo yo, palabras suyas, que es el que sabe, y después de hacerlo entendería perfectamente que no siempre lo que quiero hacer es lo que tengo que hacer y...

LOLA: Qué.

DARÍO: Que la próxima sesión de terapia la tienes... gratis... a cuenta de tu móvil, Te la debo.

LOLA: ¿¡Pero lo has entendido!?

DARÍO: Perfectamente. Qué sabio el doctor Esquerdo. Haces así. Das un grito y ya está. Me ha dado cita para el próximo viernes...

(Pausa. Se sienta. Parece que algo le pasa, no se sabe qué.)

GUZMÁN: *Leyendo uno de los títulos de los libros que sobresalen de la mochila.*) ¡Malinowski! Ése es del que hablabas al Doctor...

«La vida sexual de los salvajes del noroeste de Melanesia...»

DARÍO: A las mujeres papúas se les permite tener aventuras amorosas después de casadas. Y la castidad no existe.

GUZMÁN: Ya he visto antes, bueno, por encima, y... Así que te ibas a poner las botas, ¿eh, monstruo?...

LOLA: Para hacer turismo sexual no hacía falta armar tanto escándalo.

DARÍO: No, Guzmán, no era eso, aunque a nadie le amarga un dulce... Igual por ese lado te convencía para que me acompañaras...

GUZMÁN: Es que el modelito ese que llevabas no me iba demasiado, ¿sabes?

Un poco friki... ¿no?

LOLA: Además, a Guzmán se le ve bien servido... no necesita más dulce...

DARÍO: Eso lo dirás tú, lo conozco lo suficiente para decirte que últimamente o moja poco o moja mal, ¿eh, campeón?

(GUZMÁN sonríe ligeramente, a LOLA no le hace ninguna gracia. ENRIQUETA insinúa la musiquita pegadiza de «abulebé»...

DARÍO, mira hacia arriba y luego hacia abajo. Siente algo extraño, como un ligero mareo. LOLA lo observa.

A DARÍO le cuesta hablar...)

Joder, la cabeza me da vueltas....

ENRI: Será la pastilla que le he dado, a veces atonta...

DARÍO: ¿Sabéis que cerca de donde yo voy hay una tribu, los kombai, que viven en la copa de los árboles, a más de... cincuenta metros de altura? (*Se sube de pie en el sofá. Mira hacia abajo.*) ¡Qué vértigo! ¿No? (*Parece como si estuviera borracho.*)

GUZMÁN: Te diré.

DARÍO: No, digo que me está dando vértigo y eso que...

LOLA: Yo lo único que sé es que has leído demasiados cuentos.

DARÍO: Los suficientes. (*Más borracho. Recuerda unos versos con la lengua de trapo.*) Yo no sé muchas cooosas, es verdad, digo tan solo lo que heeee visto... y he visto que a la cuuuuna... del hombre la... meeeecen con cuueeeentos... ¡y séeeeee todos los cuentos!

ENRI: ¡Las pastillas, jefe, la has pillado buena!

GUZMÁN: ¿Y no te llevabas el Quijote?

DARÍO: Ése lo llevooooo aquí. Siempre. (*Y se toca el corazón al mismo tiempo que cae redondo sobre el sofá.*)

ENRI: ¡Dios...! ¡Le ha dado un yuyu!

GUZMÁN: Podría ser un infarto. Se ha tocado el corazón.

LOLA: No le pasa nada. Son las pastillas...

ENRI: A mí no me da nunca tan fuerte.

LOLA: No son tus pastillas, Enriqueta, son las mías...

GUZMÁN: ¿Las aspirinas?

LOLA: Pareces tonto tú también...

GUZMÁN: ¿Le has dado una de tus...?

LOLA: Una no. Tres. Y de las fuertes. Suficientes para dormir a un elefante...

ENRI: ¡Asesina! (*Va hacia DARÍO. Le toca la frente.*)

LOLA: Está mejor que quiere. Y dormiré como un bendito hasta mañana.

ENRI: ¿Sabe una cosa? Ojalá me pudiera ir con él a una isla de esas.

LOLA: Él ya no se va a ir a ningún sitio.

GUZMÁN: Por ahora, Lola.

LOLA: Tú deja que duerma bien. Cuando se levante mañana, o pasado, verá las cosas de una forma bien distinta. Y si hay que ingresararlo a la fuerza en una clínica, se hace y punto pelota.

ENRI: A otras tendrían que encerrar...

LOLA: No sé si te has enterado, pero acabo de librarte del paro... así que a currar, que para eso se te paga. Y empieza por traer una manta, es preferible no moverlo, que duerma en el sofá. (*ENRI sale hacia el dormitorio. LOLA mira a DARÍO.*)

Pobre infeliz. Se ha quedado como un pajarito.

GUZMÁN: ¿Seguro que no es peligrosa tanta pastilla?

LOLA: Mírale la cara. ¿Tiene pinta de estar mal? Lo que necesitaba este era dormir, te lo digo yo. Ahora hay que dejarlo tranquilo. Préstame tu móvil...

GUZMÁN: ¿El I-pod?

LOLA: El mío lo lanzó por la ventana ¿no te acuerdas?

GUZMÁN: Como se despierte y lo vea... ¿Dónde lo he metido?

LOLA: Voy a llamar a Rafa para quedar con él mañana a primera hora...

(ENRI ha vuelto con una almohada y una manta, descubre el i-pod de GUZMÁN bajo el cojín y lo esconde en uno de los bolsillos del chándal que ahora lleva DARÍO, al que acomoda con mucho cariño sobre una almohada y finalmente cubre con la manta. Se entretiene unos segundos componiendo la cama improvisada sin que veamos bien lo que hace. DARÍO duerme a pierna suelta. GUZMÁN y LOLA, mientras tanto, no paran de buscar el -ipod.)

GUZMÁN: Juraría que... *(Busca por encima de los muebles).*

Enriqueta, mañana al limpiar fijate bien, por favor, mi móvil tiene que estar por algún sitio... ya sabes, el de colorines..., que vale un pastón.

ENRI: Descuida.

LOLA: Es igual, le llamo desde casa.

Nos vamos.

ENRI: ¿Juntos?

LOLA: Cada uno por su lado, querida, pero nos vamos. Tú la primera.

ENRI: ¿Y se va a quedar Darío solo, toda la noche?

LOLA: Por supuesto. Sabe dormir solito. Y no te preocupes, cuando vuelvas por la mañana seguro que sigue aquí, grogui, pero en casita.

DARÍO: ¿No crees, de verdad, que puede ser peligroso...?

LOLA: No. Lo sé por experiencia. La última vez que me tomé tres pastillas me tiré durmiendo un par de días. Y me levanté que parecía otra.

ENRI: No caería esa breva...

LOLA: Andando. Que te vea salir.

ENRI: ¿Puedo al menos apagar las luces?

LOLA: Ya las apago yo. Ala. Hasta mañana.

ENRI: ¿Entonces, tendré el gusto de volver a verla... mañana?

LOLA: Por supuesto, vendré con Rafa, y de paso le diré que te vea a ti también y al vecinito de los huevos. Igual tienes suerte y os encierra a Darío y a ti juntos.

ENRI: No estaría mal.

LOLA: ¡Largo!

ENRI: Me voy, me voy. Adiós, Guzmán. ¿También tú tomas pastillas?

GUZMÁN: No, duermo de un tirón.

ENRI: Pues como sigas con ésta vas a tener que tomártelas también de tres en tres.

LOLA: ¡Fuera!

(Antes de irse, ENRI termina de cubrir con la manta el cuerpo de GUZMÁN, que se había destapado ligeramente. Lo mira con ternura.)

ENRI: Adiós, jefe... hasta...

LOLA: Mañana.

(ENRI sonríe.)

ENRI: Hasta cuando sea...

(Le da un beso en la mejilla.)

Adiós, Guzmán. Adiós... Chati.

(Sale ante la mirada furibunda de LOLA. Esta se levanta y empieza a apagar las luces. Deja solo encendida una pequeña lámpara que hay situada junto al sofá. Miran a DARÍO.)

LOLA: Menudo día nos has dado, cretino.

GUZMÁN: Que sueñes con Papúa... nano, digo, cretino.

Salen.

Pasan unos segundos.

De repente, DARÍO se incorpora, casi de un salto. Escupe las pastillas que había guardado en la boca: una, dos y tres. Enciende alguna lámpara más para no tropezarse con los muebles. Busca en un bolsillo del chándal, saca el i-podl de Guzmán, se coloca las gafas, mira el visor, algo nervioso, y sonríe con cierto alivio.

DARÍO: ¡Hay tiempo! Gracias, Enri. No sé qué sería mi vida sin ti.

(Marca un número.)

(...) Un taxi para el aeropuerto, por favor... sí, es urgente
(...) Calle Loyola (...) sí, a la altura del nº 16. El 406. De acuerdo, lo espero. (...) Gracias, muy amable.

(Mira el móvil.)

Perdona, nano, digo, cretino. Joder, qué lujo, voy a tirar la casa por la ventana.

Va hacia la ventana, la abre y lo vuelve a arrojar por ella al grito de...

¡Yujidá, yujiiiiii, auguaaaaashají ung...!

Se oye el sonido de un impacto y, a continuación, un quejido, seguido de:

¡Mecagoen...!

DARÍO cierra la ventana, espera el huevazo de respuesta: esta vez no se produce.

Va hacia el sofá y se calza las zapatillas de ENRI.

Le duelen los pies, pero se aguanta.

Le duele la cabeza, pero se aguanta.

Se mira en el espejo, le duele verse así, pero se ríe y se aguanta.

Entra en su dormitorio y vuelve con el wake en las manos.

Suena un timbrado seguido de golpes en la puerta. Observa por la mirilla. Se asusta.

DARÍO: ¡Hulk!

(Más timbrazos y golpes.)

No hay salvajes más peligrosos que los civilizados...

(Se dispone a abrir. Toma aire. Se mira en el espejo para darse ánimos.)

¡Si salgo de esta soy capaz ya de cualquier cosa...!

Abre.

Entra primero en el salón EL VECINO DE ENFRENTA, un tipo que podría ser un armario, cuyos pectorales parecen explotar bajo la camiseta de tirantes. Se tapa un ojo con una mano y con la otra agarra las carcassas de los diferentes móviles que se han colado por su ventana. Se le ve hecho una furia. Habla sin percatarse de que DARÍO se ha escondido.

VECINO: ¿Qué pasa, tío, que te sobran los móviles o qué, hostia? ¿Pero tú sabes lo que pesa este puto i-pod! ¡Pues a mí se me han acabado los huevos! *(Se da cuenta de que está hablando solo.)* ¿Eh, se puede saber dónde hostias te has metido?

(Sale de su escondite DARÍO, como si tuviera miedo a enfrentarse con aquella bestia rabiosa.)

¡Solo me quedan estos! *(Se los toca.)*

EL VECINO repara ahora en su peculiar vestimenta, que ve por un solo ojo. Para cerciorarse de lo que está viendo, destapa el ojo amoratado e intenta abrirlo porque le cuesta creer lo que está viendo. Hasta sonreiría, pero no está para risas y continúa arrojando su bilis.

¡Diossss! Joder, siempre me has parecido un bicho raro, pero, tío, esto ya... Bueno, a lo que íbamos.

Pase el primero, ¿no?, vale, hostiasss, me rompe una lámpara que me había traído un colega del quinto coño pero, vale, tío, todos perdemos los nervios y, vale, tío, lo entiendo, hostiasss... ¿a quién no le ha apetecido tirar un móvil por la ventana? El segundo ya jode más, ¿vale, tío? bueno, o lo que seas, jode, cagoendiós, porque ¡se me ha colado en mitad la sopa!, como te lo cuento, directo a la sopa, chof, que me ha puesto perdido la camisa, me ha pegado un susto de cojones y me he cagado en tu puta madre..., pero, bueno, uno también tiene sus días malos, como las tías, joder, tío, o lo que seas, y hasta lo puedo entender, vale, tío, lo entiendo, pero... ¡el tercero...! (*grita*) ¡Hostiaaaas! ¡que me ha dado en todo el ojo! ¿Pero a ti te sobra la pasta o qué? ¿sabes qué te digo, tío? ¡en mitad del ojo! ¿no te lo crees, pedazo de cabrón? ¡Mira, coño, mira! (*Se lo enseña.*) ¡En todo el ojo! ¿y sabes qué? ¡Pues que te voy a meter esto por el culo para que así te lo pienses mejor por si se te ocurre tirar el cuarto y me das... en los cojones...!

¿Has entendido, comemierda?

DARÍO, lejos del susto inicial, ha ido tranquilizándose a pesar de las amenazas y relajando su expresión, al mismo tiempo que se ha ido colocando con bastante parsimonia el wake, sin dejarse intimidar por el puño cerrado del VECINO, que aplasta los restos de carcasas.

EL VECINO mira al wake con perplejidad y levanta el puño en alto.

Pausa.

¿Tú estás bien de la cabeza, tío, o...?

DARÍO no le deja terminar la frase, porque adopta una de las poses de los guerreros maoríes antes de entrar en la batalla, arquea las piernas, frunce el ceño, sube los brazos —mostrando las palmas de las manos— hasta la altura de la cabeza, clava la mirada ante su adversario y canta a gritos con toda la fuerza posible:

¡Abubeléeeeeabubelaaaaa... ung, ung!

Rematando el grito con dos manotazos simiescos sobre su pecho y un gemido que corta el aire.

Pausa.

EL VECINO se ha quedado de piedra. No sabe cómo reaccionar. Lo mira fijamente unos segundos, dice...

¡Me cago en la leche...!

Y sale de allí lo más rápido que puede.

DARÍO sonríe victorioso. Se quita el wake y lo mete en la mochila. Se la coloca a la espalda. De uno de los bolsillos de la mochila saca un sobre con los billetes de avión. Echa un vistazo, por última vez, a su casa. Mira hacia el patio de butacas. Avanza hacia la corbata.

Abre una de las infinitas ventanas que tiene siempre la cuarta pared. Muestra los billetes mirando al público, sin dejar nunca ese talante de humildad gamberra y recién estrenada ¿locura?

Pausa. Toma aire.

DARÍO: Me sobra un billete.

(Pausa.)

¿Hay alguien en la sala que quiera acompañarme?

Espera unos segundos.

Sonríe.

Y grita, como si fuera un papúa de toda la vida, con toda la energía del mundo que le espera...

¡Yujíá, yujíiiiiii, auguaaaaashají... Ung, ung!!!

La voz retumba en el patio de butacas y su eco se mezcla con el sonido de los tambores tribales que, cada vez más fuerte, nos trasportan hasta las mismísimas islas Trobriand.

Y a DARÍO se le ve feliz antes de apagar, definitivamente, todas las luces de la representación.

Alicante, 2013